Daniel Cologne

Julius Evola, René Guenon y el CRISTIANISMO

Este libro publicado en 1978 fue objeto de una primera traducción española en 1982 y distribuido a los indipientes círculos tradicionalistas de la época, en no más de 150 ejemplares. Ahora lo ofrecemos nuevamente a los lectores a través de Internet ateniéndonos a la calidad y claridad de las exposiciones realizadas por Daniel Cologne. Se trata de un texto que huye de la perspectiva "evoliana" o "guenoniana" a ultranza; el autor demuestra, no solo un conocimiento del mundo de la Tradición, sino también una objetividad a toda prueba. Algunas partes del texto hacen excesivo énfasis en la polémica contra la Nueva Derecha; hay que insertar esas líneas dentro del contexto de la polémica intelectual que vivía Francia en aquella época. No han sido reproducidos los piés de página

INTRODUCCION

CAPITULO I

DE LA ROMA ANTIGUA A LA EDAD MEDIA. EL DECLIVE DE LA ROMANIDAD

CAPITULO II

ASPECTOS DEL ESOTERISMO CRISTIANO

CAPITULO III

EL CRISTIANISMO COMO FENOMENO METAPOLITICO: GIBELINISMO, HERENCIA Y SIGNIFICADO

CAPITULO IV

Daniel Cologne

JULIUS EVOLA, RENE GUENON Y EL CRISTIANISMO

INTRODUCCION

ALGUNOS TESTIGOS DE LA TRADICION

En el centro del "tradicionalismo integral" figura la idea de la Tradición primordial, anterior y superior a todas las tradiciones particulares, tronco metafísico común a las diversas religiones que se han sucedido en la superficie de la Tierra.

Si debemos creer a Jean Robin, autor de un libro capital sobre René Guenon, aparecido recientemente y que citaremos con frecuencia, Guenon es el principal *"testigo de la Tradición"*. Algunos críticos (como por ejemplo Michel Valsan) llegan incluso a atribuirle una especie de infalibilidad pontifical en la materia.

Heredero de René Guenon en muchos aspectos, Julius Evola se ha separado de él especialmente a la hora de evaluar la participación del cristianismo en la Tradición primordial. El título de nuestro trabajo menciona ambos autores en un orden inverso al cronológico, pues, aunque anterior a la investigación de Julius Evola, el análisis de René Guenon es más profundo y constituye un jalón decisivo en la búsqueda de este "supra-cristianismo" del que habla Mircea Eliade. Julius Evola niega, en efecto, cualquier valor iniciático al cristianismo de los orígenes. Si bien subraya en ocasiones, en un loable rasgo de honestidad intelectual, el sentido esotérico de algunos fragmentos de los Evangelios o de las epístolas de San Pablo, no asigna a estas últimas más que una tradicionalidad accidental, en absoluto inherente a la esencia misma de las doctrinas evangélica y paulista. Si la Iglesia Católica y la Cristiandad Medieval revistieron un carácter más tradicional -aunque imperfectamente en lo que concierne a la primera- lo deben, no a la expansión intrínseca del cristianismo de los orígenes, sino a la aportación respectiva de la romanidad clásica y del **ethos** nórdico-germánico. Para René Guenon, por el contrario, el "cristianismo primitivo" es de esencia esotérica y conoce, bajo la forma de los sacramentos, la vía iniciática común a todas a las grandes religiones tradicionales. Este cristianismo tradicional culmina en la Edad Media, sin que se muestra preponderante, en esta expansión espiritual, el papel del sustrato étnico "bárbaro" y vestigios de la mentalidad romana. Al margen de una decadencia interior debida al declive de su conciencia esotérica y a la sacralización de sus ritos, el catolicismo se ha convertido a los ojos de René Guenon en la sola fuerza capaz de regenerar a Occidente en un sentido tradicional.

Además de Evola y Guenon, otros pensadores han concebido, de manera esporádica, la idea de una "religión universal" de la que procedieron todas las religiones particulares. Joseph de Maistre escribe: *"La verdadera religión tiene más de dieciocho siglos: nació el día en que nacieron los días"*. En su **Carta a un religioso**, Simone Weil se hace eco del sentir del autor de **Las Veladas de San Petersburgo**: *"Las diversas tradiciones religiosas son reflejos diferentes de la misma verdad"*. La "verdadera religión que evoca De Maistre, es la **philosophia perennis**, la **religio vera** con la que San Agustín ha titulado uno de sus libros. Afirma: *"Lo que hoy se llama religión cristiana existía en los Antiguos y no ha cesado jamás de existir desde el origen del género humano, hasta que Cristo mismo, habiendo venido, ha empezado a llamar cristiana a la verdadera religión que existía mucho antes"*. En el mismo orden de ideas, Donoso Cortés escribía: *"La verdad esencial del cristianismo ha sido revelada al hombre, vertida en su espíritu y colocada en la historia, desde que la primera palabra divina se ha odio en el mundo"*.

No solamente estos autores son testigos de la Tradición sino que atestiguan igualmente, por esto mismo, la existencia de un cristianismo eterno, más allá de sus manifestaciones contingentes en el espacio y en el tiempo, del establo de Belén a la basílica de San Pedro de Roma, del siglo de Augusto al tiempo de las catedrales y los caballeros.

LA UNIDAD PRIMORDIAL Y LA DOCTRINA DE LAS CUATRO EDADES

El pensamiento tradicional reposa esencialmente en la distinción entre el mundo manifestado, resultante de la continua dispersión en lo múltiple y el "supramundo" concebido como el estado primordial de unidad trascendente. A esta distinción entre los mundos visible e invisible, corresponde muy exactamente la doctrina de las dos naturalezas que Evola expone en el inicio de **Rivolta contro il mondo moderno**: la naturaleza física, dominio de la diversidad y de la cantidad, y la naturaleza metafísica, caracterizada por la unidad y la cualidad. De un lado, el mundo espiritual, lugar de superación de las diferencias y los antagonismos, teatro de la **coincidentia oppositorum** del otro, el mundo material, emanación imperfecta y perecedera del primero, estallido en la diversidad portadora de conflicto, reino informe de la cuantitativo (**materia signata quantitate**).

Esta concepción general de la Unidad Primordial -de la que procede la multiplicidad inherente al mundo manifestado- se refleja en varios aspectos particulares de la visión tradicional del hombre y del mundo. En relación a la representación humana de lo divino ("la idea de Dios", a la cual el Padre W. Schmidt ha consagrado una voluminosa obra), mencionaremos la tesis del "monoteismo primitivo" de este etnólogo católico del que Evola ha hecho un elogio en **Rostro y máscara del espiritualismo contemporáneo**. Es, en efecto, verosímil que, paralelamente a la contemplación del supramundo en tanto que lugar de la Unidad Primordial, la espiritualidad de los orígenes haya concebido a Dios como un Ser único, totalizando en El todos los atributos comprendidos los contradictorios. En el mismo orden de ideas, Mircea Eliade reagrupa las tres religiones monoteístas -judaísmo, cristianismo e islamismo- bajo el vocablo de "revolución monoteísta", lo que es juicioso, si se entiende por "revolución" -conforme a la etimología latina del término- el movimiento inspirado por la voluntad de volver al estado primordial. En cuanto a Guenon, afirma en sustancia que toda gran tradición es necesariamente monoteísta en la medida en que intenta relacionarse con la unidad suprema característica de la espiritualidad de los orígenes.

La idea misma de la Tradición Primordial transciende a las instituciones particulares, procede, en el sector bien determinado de la historia de las religiones, de una concepción que distingue, más allá de los fenómenos contingentes condicionados por el tiempo y el espacio, la unidad que los integra y los supera a la vez. Frithjof Schuon ha podido evocar así *"la unidad trascendente de las religiones"*. La metapolítica y la metafísica del sexo ofrecen otros reflejos de la Unidad Primordial anterior y superior a la diversidad del mundo físico: son respectivamente la síntesis de la autoridad espiritual y del poder temporal, y el mito del andrógino al cual la tradición cristiana hace alusión a través de las voces de San Lucas, San Mateo y Escoto Erígena.

En la visión tradicional del mundo, a la idea de Unidad Primordial hecha durante la nostalgia de una era original donde las diferencias y los conflictos se resolvían en una común tensión metafísica hacia una síntesis integradora y trascendente.

Esta afortunada época de paz, de orden, de equilibrio y armonía, la llamamos generalmente **Edad de oro**, según la terminología de Hesiodo. Pero no es otra cosa que el **Paraíso** de la tradición cristiana, estado primordial de alta espiritualidad del que todas las tradiciones conservan un recuerdo luminoso.

Desde el momento en que se refleja la tensión metafísica propia al mundo de los orígenes, se produce la caída vertiginosa en el caos inherente a la materia. El "pecado original" de la tradición cristiana no es otra cosa que la causa de esta decadencia. Esta comporta cuatro grandes etapas: es la tradicional doctrina de las cuatro edades que comportan la duración de un **manvantara** (en la tradición hindú, ciclo correspondiente a la historia de una humanidad). No detallaremos aquí las características respectivas de las edades de oro, plata, bronce y hierro. Nos limitaremos a recordar que su sucesión en la historia del actual **manvantara** es paralela a un alejamiento progresivo de la humanidad de hoy en relación a la espiritualidad primordial. Se trata aquí de una dirección general que no excluye intentos, en ocasiones exitosos, de restauración. Así, en pleno corazón de la edad de hierro, cuyo origen se remonta, según Guenon, a los tiempos "históricos", se produciría la luminosa revolución -en el sentido etimológico del término- de la Edad Media cristiano-occidental. Visto el estado de decadencia avanzada de la humanidad actual, tales intentos se han visto condenados siempre a una rápida absorción en la corriente cada vez más impetuosa de la Subversión. Sucede también que algunas tradiciones, aún participando, en lo esencial, de la espiritualidad primordial, se adaptan a las condiciones de su época. Es el caso del cristianismo cuya ambigüedad nace de dos orientaciones diferentes que coexisten en el seno de su doctrina: de un lado la innegable conformidad con la Tradición, de otro el esfuerzo de adaptación a las condiciones del Kali-Yuga.

AMBIGUEDAD DEL CRISTIANISMO

En la visión tradicional del mundo, la edad de oro no es solamente un objeto de nostalgia. Es también objeto de esperanza. El Paraíso está a la vez sumergido en el trasfondo del pasado y proyectado sobre el horizonte del futuro. Cada ciclo contiene los gérmenes de la humanidad nueva. El fin del **manvantara** actual coincide con el principio de un nuevo ciclo inaugurado por una nueva edad de oro. Frente a la disolución propia al **Kali-Yuga** (término hindú que designa a la edad de hierro, "edad sombría", edad de Kalí, diosa de la destrucción), este paraíso reencontrado reviste

simbólicamente la apariencia de eternidad. Es el *"reino de los mil años"* anunciado en el Apocalipsis.

En tanto que tradición de fin de ciclo, el cristianismo exaspera normalmente la creencia en el regreso de la edad de oro instauradora de una nueva humanidad. Algunos ven en este mesianismo una ruptura de tono con las otras tradiciones, un rasgo específico de la tradición cristiana (y judía). En realidad, este mesianismo no es más que la amplificación, impuesta por las condiciones históricas, de una tendencia tradicional general. Así, el concepto cristiano de Parusía (regreso de Cristo en el fin de los tiempos) tiene su equivalente en otras religiones. Al Cristo triunfante que restablece el orden y la justicia corresponde, en la tradición hindú, el "vengador" Kali que pone fin al desorden y a la disolución de la edad de hierro con **colosales destrucciones** (cf. Savitri Devi, **Souvenirs et reflexions d'une aryenne**, pág. 199). Si el cristianismo ofrece en ocasiones el espectáculo de un mesianismo exacervado es únicamente en la medida en que el teatro histórico de su acción es la fase última de la *"consumación de los siglos"* de que habla el Evangelio, esta era de decadencia general e irreversible donde la única razón de vivir reside en la esperanza una nueva edad de oro.

Tal es la ambigüedad del cristianismo: coexisten en él elementos de pura doctrina tradicional y una temática judiciosamente adaptada a las condiciones de fin de ciclo. El esfuerzo e adaptación de la tradición cristiana a las condiciones del **Kali Yuga** es diversamente interpretado. Algunos ven una ocasión para despreciar al cristianismo, estigmatizar en él a un mesianismo que no concuerda con la mentalidad occidental. Otros lo asimilan a una novedad de la que el cristianismo puede enorgullecerse para reivindicar su superioridad sobre otras tradiciones. Así piensan numerosos católicos: religión del Verbo encarnado, tradición procedente de la intervención directa de Dios en la historia, el cristianismo presenta un carácter de novedad absoluta y de superioridad espiritual en relación a otras tradiciones. De hecho, se trata de una novedad relativa, explicable en la economía general del actual **manvantara**. La intervención de Dios en la historia a través e la encarnación del Verbo, es necesaria por el estado extremo de degeneración del ciclo y de la humanidad que le corresponde. También es relativa la pretendida superioridad de la tradición cristiana. El cristianismo no es la mejor religión en sí. Es la mejor religión en relación a las contingencias de la edad de hierro, la tradición mejor adaptada a una época extremadamente disoluta donde la humanidad entera se pierde en el caos materialista y en el *"reino de la cantidad"*.

NUESTRO OBJETIVO METAPOLITICO

Paul Serant nos recuerda que, en su búsqueda de la civilización "cristiana integral", Guenon se ha situado siempre "fuera y por encima de las perspectivas modernistas integristas". Tal será igualmente nuestro punto de vista en el análisis del cristianismo como fenómeno metapolítico. No basta concluir que colocamos en pie de igualdad a los absurdos criterios de **aggiornamento** y a las concepciones mucho más interesantes de Monseñor Lefevre y del abate Georges de Nantes. Para nosotros como para los integristas, la concepción cristiana de la sociedad se funda sobre los valores de orden, autoridad y aristocracia, a condición de entender estos términos en su sentido superior. Conforme a la etimología griega, la aristocracia es el gobierno de los mejores, siendo estos designados según un criterio espiritual. Cuando hablamos de autoridad, se trata evidentemente de la autoridad espiritual, que es necesario distinguir del poder temporal y que, en toda sociedad normal, está llamado a frenar la "voluntad de poder" de los jefes

políticos. En cuanto al orden, no debe ser confundido con la represión brutal. Es ante todo la garantía de la paz social, el factor de armonización de las diferencias, el elemento generador de equilibrio colectivo, la fuerza integradora y superadora de los antagonismos, el instrumento que unifica la diversidad social, yugulando sus virtualidades conflictivas.

En el análisis contemporáneo de la metapolítica del cristianismo, convienen distinguir tres corrientes: el cristianismo *"abierto a la izquierda"*, el anticristianismo de derecha y el integrismo. de este último, acabamos de mencionar las características positivas. Su contrapartida negativa lo constituye el hecho esencial de ser una categoría de rechazo ante los aspectos esotéricos de la doctrina cristiana y las modalidades de su ligazón con la Tradición primordial de la que, a excepción de algunos pocos sujetos, los integristas niegan su existencia.

La negligencia y el olvido de la parte esotérica del cristianismo va fuertemente unidad con la extrema valorización de su vocación exotérica. Aunque los integristas conciban esta como una vocación autoritaria y aristocrática -la famosa "Iglesia del Orden" tan querida a Charles Maurras- a la que Eric Vartre consagra un importante capítulo en su libro **Charles Maurras: un itineraire spirituel** (N.E.L., 1978)- privilegiar el exoterismo no comporta menos el peligro de un exclusivismo sectario y dogmático que puede llegar incluso hasta la reivindicación de una especie de monopolio de la espiritualidad y el desprecio hacia otras religiones tradicionales injustamente consideradas como inferiores. Guenon lo recuerda en **Aperçus sur l'esoterisme chretien** (pág. 21): *"El exclusivismo es inevitablemente inherente a cualquier exoterismo como tal"*. En cuanto a Evola, condena este exclusivismo que lleva a buen número de católicos a considerar su tradición como *"la única depositaria de la verdadera y perfecta revelación"*. Añade, no sin crudeza: *"No se trata aquí de fe o de incredulidad, sino de conocimiento o ignorancia. Persistir en el exclusivismo constituiría por parte del catolicismo de hoy un contrasentido comparable al de quienes defendieron ciertas concepciones de física y astronomía contenidas en el Antiguo Testamento y hoy completamente superadas*" (**Gli uomini e le rovine**, pág. 139).

Al menos el exclusivismo integrista es consecuente y se ejerce con tanto vigor contra los otros sistemas religiosos tradicionales y contra las tendencias subversivas del protestantismo y del marxismo. Tal no es el caso de los adeptos de un "ecumenismo" mal comprendido que, aun permaneciendo firmes ante el hinduismo o el islam, pactan con los protestantes. A este ecumenismo, por lo bajo, convendría oponer un ecumenismo por lo alto, un universalismo anagógico fundado a la vez sobre el rechazo radical hacia todas las formas de subversión y sobre la valorización del fondo doctrinal común a todas las religiones tradicionales, desde la mitología griega al hinduismo pasando por los *"monoteismos del desierto"*.

El "ecumenismo" denunciado antes constituye la variante moderna del cristianismo *"abierto a la izquierda"*. La variante más extremista consiste en un *"cristianismo social"* que, apoyándose sobre una exégesis estrechamente literal de algunos fragmentos de las Escrituras (particularmente del Sermón de la Montaña), transforma el mensaje de Jesús en un igualitarismo **ante literum**. Por haber prometido el Reino de los Cielos de manera prioritaria a los *"pobres"* y a los *"pobres de espíritu"*, Jesús se convirtió en el precursor de Marx y del comunismo. Cegados por sus preocupaciones de clase, los partidarios del

"cristianismo social" no pueden siquiera entrever que la "pobreza" y la "riqueza" de que se trata en estos textos no deben ser entendidos en su aspecto material.

Una cierta Derecha se funda en una interpretación similar llegando a una conclusión opuesta. Ya que el cristianismo valoriza a los "pobres de espíritu" -que los representantes de esta *"nouvelle ecole"* [alusión al portavoz del movimiento cultural conocido en Francia como "nueva derecha", NdT] (tienden a asimilar con los imbéciles-es preciso combatirlo en el nombre del a inteligencia. Ya que el cristianismo predica la renuncia y la caridad, es preciso vituperarlo en nombre de la "voluntad de poder", es "cicatriz genética" que atestigua los orígenes animales del hombre civilizado. Curiosa mezcla de humanismo librepensador, de voluntarismo nietzscheano y de evolucionismo darwinista, la Nueva Derecha vomita sobre el cristianismo en nombre de una concepción pretendidamente aristocrática de la sociedad que no es, en última instancia, más que una coartada ideológica más para la burguesía depredadora. Uno de los objetivos mayores de la presente obra es demostrar que junto a todas las demás doctrinas tradicionales, el cristianismo vehiculiza una aristocrácia del espíritu oponiéndose con igual vigor al absurdo igualitario y a todas las formas de elitismo prometéico.

CAPITULO I

DE LA ROMA ANTIGUA A LA EDAD MEDIA.

EL DECLIVE DE LA ROMANIDAD

Para explicar el declive de la romanidad y describir sus relaciones con el cristianismo de los orígenes, los historiadores del mundo antiguo se dividen en dos campos. Unos creen en la **muerte natural** de la civilización romana; otros defienden la tesis del **asesinato histórico** perpetrado por el cristianismo. Conforme a la célebre frase de Paul Valery sobre la ineluctable mortalidad de las civilizaciones, los primeros ven en la decadencia de Roma el resultado de una usura interna y la expresión de una fatalidad histórica. Lejos de considerar el cristianismo como una fuerza subversiva anti-romana, ven en él la inauguración de un enderezamiento y el punto de partida de un nuevo ciclo de civilización. Por el contrario, los segundos colocan al cristianismo ante el tribunal de la historia y lo acusan, entre otros, de haber "hurtado" a Occidente *"los frutos de la civilización antigua"* (Nietzsche). Esta dualidad de opinión está reflejada en una frase bien conocida de André Piganiol en la que éste último toma claramente partido: *"La civilización romana no ha muerto de muerte natural; ha sido asesinada"*.

La tesis de la culpabilidad histórica del cristianismo tiene defensores prestigiosos, desde Edward Gibbon a Louis Rougier, pasando por el Nietzsche de **El anticristo** y el Renan de **Marco Aurelio**. El menos encarnizado de todos ellos no es ciertamente el autor de la **Génesis de los dogmas cristianos**. A lo largo de una obra considerable, Louis Rougier se esfuerza en presentar las relaciones del mundo antiguo y del "cristianismo primitivo" bajo el ángulo de una oposición tan violenta como irreductible. Ya hemos subrayado los límites de su crítica al fenómeno cristiano y las lagunas de su representación de Occidente en otras partes. Antes que volver al mismo tema, preferimos detenernos un poco sobre el riesgo inherente al empleo de la expresión "cristianismo primitivo".

El adjetivo "primitivo" es equívoco. En primer lugar, conforme a su etimología, designa una prioridad cronológica. Solo en este caso puede hablarse de un "cristianismo primitivo" para designar al cristianismo de los orígenes. "Primitivo" es, en efecto, sinónimo de "original". Pero también designa, bajo la presión del prejuicio evolucionista, un estado inicial de inferioridad a partir del cual se habría producido un "progreso", una evolución. En esta óptica, desgraciadamente la más corriente, el "cristianismo primitivo" es el estadio infantil de la Iglesia católica que sería un estado superior hacia el cual ha evolucionado. Tal es el sentido de la admiración que un neo-pagano como Louis Pauwels vuelca sobre la institución eclesial. Pide un *"esfuerzo sublime para yugular la locura cristiana"*. Joseph de Maistre mismo, del que se conocen sus posturas anti-evolucionistas, lleva agua al molino de Pauwels cuando proclama: *"El evangelio fuera de la Iglesia es un veneno"*. Esta "tesis del cristianismo-veneno", ha sido incorporada al acervo de la "nueva escuela" anticristiana de derecha.

En realidad, más que el espectáculo de la "evolución" interna desde una doctrina inicialmente subversiva a una "Iglesia del orden", el cristianismo ofrece el testimonio de un **desarrollo** en las direcciones más diversas, de una actualización de las diferentes tendencias contenidas en potencia en el Evangelio. En el esquema tripartito que Evola opone al célebre tríptico hegeliano tesis- antítesis-síntesis, el cristianismo original corresponde a la fase de **expontaneidad** donde se expresan todas las potencialidades de una doctrina. El trabajo clarificador de los Padres de la Iglesia representa la fase de **reflexión**. En cuanto a la fase suprema de **dominación**, es la Cristiandad medieval, a la vez punto culminante de la vocación exotérica de la Iglesia y del esoterismo evangélico reivindicado por la caballería y las órdenes ascético-guerreras.

La actual hostilidad de una cierta Derecha respecto al cristianismo de los orígenes revela, no solo una mala interpretación de este, sino también una representación lagunar de la paganidad antigua. Cuando no se consideran de ella más que los aspectos decadentes -humanistas, racionalistas, estetizantes y epicúreos-, no puede más que experimentarse repulsión por una doctrina que subraya la miseria del hombre-pecador, proclama la primacía de la fe y enseña el desprecio por los gozos de este mundo. Un Louis Rougier, por ejemplo, examina el mundo greco-latino a través del prisma deformado de su mentalidad de privilegiado moderno. Rougier celebra en Celso el precursor del libre examen. El autor del **Discurso de la Verdad** le sirve de coartada para justificar sus propias teorías empiristas y positivistas. Si el cristianismo ha subvertido el bello edificio de la romanidad pagana, es sobre todo en tanto que filosofía igualitaria, promotora de la "revolución social" e inspiradora de una "revancha de los pobres". A través del cristianismo original así deformado, es el marxismo quien surgiría para la nueva escuela de derecha. A través del elitismo de la ciudad antigua, es la actual burguesía capitalista a quien defiende. La "voluntad de poder" nietzscheana está erigida en **quid specificum** del alma occidental para justificar, sobre el mundo de la generalidad, ventajas particulares de nacimiento y fortuna.

La crítica del cristianismo realizada por Evola está raramente limpia de prejuicios sociales. Revelemos, sin embargo, fragmentos donde ve en la religión cristiana *"la esperanza de los afligidos y de los rechazados"*, *"una forma desesperada de espiritualidad donde se expresa el tipo de Mesías predestinado a servir como víctima propiciatoria"*. Algunos fragmentos de este tipo bastan a algunos para alinear a Evola junto a Nietzsche y Spengler y hacerle compartir el atistocratismo depredador de ambos filósofocs alemanes. Pero la crítica evoliana del cristianismo se sitúa menos desde el punto de vista de la **wille zur macht** que desde el punto de vista de una auténtica espiritualidad pagana conforme a la Tradición.

Paganismo y cristianismo son contemplados por Evola como dos reflejos circunstanciales de la espiritualidad tradicional. Si Evola otorga su preferencia a la espiritualidad pagana -y, particularmente a la romana- es, ante todo, tal como ha escrito en **Il caminno del cinabrio**, por afinidad de temperamento. Esto último no le impide jamás testimoniar, ante el cristianismo, una honestidad intelectual que está exenta de las diatrivas seudointelectuales de la Nueva Derecha. Así, en el problema de la decadencia de la romanidad, la posición de Evola está infinitamente más justificada que la de un Rougier o un Pauwels. Evola se guarda de toda explicación unilateral. La decadencia de la romanidad es **a la vez** el resultado de la acción disolvente del cristianismo y el producto de una usura interior del Imperio romano. Georges Sorel piensa igualmente en **La ruine du monde antique**: si la "nueva religión" a *"roto la estructura del mundo*

antiguo", "cortando los lazos que existían entre el espíritu y la vida social" y "sembrado por todas partes gérmenes de quietismo, desesperanza y muerte", tampoco ha infundido *"una sabia nueva al organismo envejecido"* de la sociedad romana.

Evola reconoce que el cristianismo se ha desarrollado sobre el telón de fondo de la decadencia imperial romana sobre un *"transfondo que se convirtió en cada vez más trágico, sangriento y desgarrado, a medida que fue avanzando el bajo imperio. Su influencia disolvente fue facilitada por el declive de la función imperial que no sobrevivió más que como sombra de sí misma"*, por la obra de la *"centralización absolutista y niveladora"* mediante la cual los césares impusieron, poco a poco, al ecumene romano *"una estructura burocrático-administrativa sin alma"*. El cristianismo se construyó sobre las ruinas de la tradición romana. Su advenimiento *"hubo sido posible por que las posibilidades vitales del ciclo heroico romano estaban agotadas, si no hubiera sucedido así, si la raza Roma no hubiera estado ya postrada en su espíritu y en sus hombres (tal como demuestra el fracaso del intento restaurador del Emperador Juliano), si las tradiciones antiguas no se hubieran oscurecido y si, en medio de un caos étnico y de una desintegración cosmopolita, el símbolo imperial no hubiera sido corrompido debiendo reducirse a una simple supervivencia, en medio de un profundo caos y ruinas"*.

Las tesis de Evola referidas antes son otros tantos argumentos **ad verecundiam** en favor de la explicación **bilateral** de la decadencia de la romanidad. Estos argumentos tienen tanto más valor en la medida en que Evola, por afinidad espiritual, estaba llevado naturalmente a valorizar en extremo el mundo romano y, en consecuencia, a insistir sobre el papel destructor del cristianismo de los orígenes. Evola, igualmente, ha dado cuenta de la causa interna de la decadencia romana: el agotamiento de su tradición heroico-guerrera. El hundimiento del Imperio romano no es únicamente tributario de su hipertrofia burocrática o de la miseria material en la cual cayeron amplias capas de la población. Si Jacques Benoist Mechin evoca, no sin razón, en su bellísimo libro sobre el Emperador Juliano, a *"Helios-Rey vencido por el sufrimiento"*, no se puede sin embargo atribuir la caída de la Roma antigua a motivos estrictamente sociales. Portador de una vía más sentimental de acceso a lo divino, el cristianismo se ha dirigido victoriosamente sobre el transfondo crepuscular de una espiritualidad romana donde el ideal heroico de "impersonalidad activa" ya no era más que un recuerdo y donde se había relajado desde hacía tiempo la tensión metafísica propia al paganismo de los orígenes. La llamada a la sentimentalidad es el principal reproche que Evola dirige al cristianismo en **Rivolta contro il mondo moderno**. Aunque en este libro existen muchos rasgos de subjetivismo honesto, está en su conjunto marcado por un anticristianismo de temperamento en la línea de **Imperialismo pagano** obra aún no traducida al francés, texto de juventud de Evola con acentos nietzscheanos muy pronunciados. no es sino mucho después, en las obras de madurez como **Rostro y máscara del espiritualismo contemporáneo** o **Gli uomini e le rovine**, que Evola, abordará el cristianismo original y sus diversos desarrollos históricos con toda la serenidad necesaria en una auténtica exégesis tradicionalista.

EL ANTICRISTIANISMO DE JULIUS EVOLA

Evola extiende el conflicto del cristianismo de los orígenes y de las romanidad antigua a un antagonismo más amplio, más general, entre los *"cultos asiáticos desordenados"* y *"el ideal de las divinidades puramente olímpicas, exentas de pasión, distanciadas del*

elemento telúrico-materno". El adjetivo "asiático" no debe ser tomado aquí en un sentido amplio. Designa ante todo lo que es propio al Mediterráneo Oriental. Evola no evoca pues la oposición Oriente-Occidente. Subraya, más bien el contraste entre la *"Luz del Norte"* -procedente de las religiones indo-europeas- y la *"Luz del Sur"*, con la cual se relaciona el cristianismo y en la que participan de manera general *"todas las variedades de las divinidades místico-panteistas"* donde se *"encuentran los símbolos de la Madre"*.

Cuando describe la espiritualidad propia de la "Luz del Sur", Evola insiste en su carácter desordenado, su atmósfera confusamente mítica resultante de lo que encuentra prioritariamente eco en la parte afectiva, sentimental e irracional del ser. Lo divino es *"objeto de un impulso confuso y extático del alma". "Utiliza como palanca la parte irracional del ser y, en lugar de vías de elevación heroica, sapiencial e iniciática, afirma como medio fundamental la* ***fe****, el impulso de un alma agitada y vuelta confusamente hacia lo suprasensible"*. En tanto que religión procedente de la "Luz del Sur", el cristianismo habría introducido en el mundo occidental una espiritualidad halógena con fundamento afectivo opuesta a la vía intelectual, típicamente indo-europea, de acceso a la trascendencia.

En realidad, las vías intelectual y afectiva no son criterios válidos de establecimiento de una tipología de las religiones y de las tradiciones. Todas las tradiciones ofrecen simultáneamente las dos modalidades de superación hacia lo supra-humano. A cada una de las dos vías corresponden respectivamente, sobre el plano doctrinal, el esoterismo y el exoterismo y, sobre el plano existencial, la iniciación y la fe. El **esoterismo** y la **iniciación** están reservadas a la élite de los "hombres del conocimiento", en el sentido superior del término. El **exoterismo** y la **fe** están adaptados a la masa de aquellos cuya vida interior es sobre todo asunto de sentimientos y para quienes la religión (del latín **re-ligare**, restablecer un lazo) es menos un elemento de enlace **entre el hombre y lo divino** que un factor de cohesión social, algo que liga a los hombres **entre ellos**. El esoterismo y la iniciación son las dos componentes, sobre los planos respectivos del saber y de la realización interior, de toda doctrina **metafísica**. En cuanto al exoterismo y a la fe, constituyen los dos aspectos, teórico y existencial, de la **religión** propiamente dicha. Cada tradición posee, a la vez, una forma metafísica y una forma religiosa.

Si el cristianismo reviste sobre todo la forma exotérico- religiosa y privilegia la fe en detrimento de la inteligencia, es en la evidente esperanza de adaptarse a las condiciones de la "Edad oscura" donde la mayoría de los hombres no reacciona más que ante solicitaciones afectivas y donde, en la perspectiva del "juicio final" y de la regeneración cíclica, conviene ofrecer al mayor número posible una esperanza de redención. Precisemos que no existe ninguna sospecha de igualitarismo, ya que de la multitud de los llamados, no surgirán *"más que pocos elegidos"*. Por lo demás, tal como veremos detalladamente en el capítulo siguiente y contrariamente a lo que piensa Evola, existe una iniciación y un esoterismo específicamente cristiano que se dirige a algunos individuos de élite habiendo conservado en el corazón de la "edad de hierro", el destino superior del conocimiento y de la capacidad de acceder al supra-mundo por el solo camino del intelecto, más allá de todos los condicionamientos biológicos y afectivos. Julius Evola se ha equivocado pues al escribir que *"el cristianismo ha* ***universalizado****, vuelto exclusiva y exaltado la vía, la verdad y la actitud que convienen a un tipo humano inferior o a estas bajas capas de la sociedad para las cuales fueron concebidas las formas exotéricas de la Tradición"*. Tal erro no puede provenir más que de la confusión -frecuente en Evola- entre la esencia de la tradición cristiana con las

adaptaciones accidentales que le inspiran a la vez el estado extremo de decadencia del **kali-yuga** y la voluntad de preparar el advenimiento de la nueva humanidad.

Esta confusión está generalmente en la base de la condena evoliana del dualismo cristiano. En este último, Evola ve un *"signo de los tiempos"*, un fermento antitradicional, una ruptura con la doctrina de las dos naturalezas. No llega a ver más que episódicamente la *"justificación pragmática"* que podía tener *"la rígida oposición cristiana del orden sobrenatural al orden natural"*, en relación *"con la situación especial, histórica y existencial de un tipo humano dado"*. De manera general recuerda fórmulas como: *"Mi reino no es de éste mundo"* y, sobre el plano más específicamente político, *"dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"*. Esta última frase plantea el problema de las relaciones entre autoridad espiritual y poder temporal. Volveremos a ello en la parte consagrada al gibelinismo, más adelante. Pero, constatemos desde ahora que es injusto el convertir al cristianismo en responsable de una ruptura con el ideal tradicional de un poder político de derecho divino. **"Omnis potestas a Deo"** (*"Todo el poder viene de Dios"*): esta célebre fórmula de San Pablo contiene en germen la concepción gibelina según la cual el detentador del poder temporal es, con el mismo derecho que el de la autoridad espiritual, el representante de Dios sobre la tierra. A esta concepción gibelina que **distingue** los dos poderes aun afirmando su común fuente sobrenatural, se opuso en la Edad Media la concepción guelfa que, considerando la oposición evangélica de Dios y el César, en perfecta conformidad con el dualismo agustiniano de la **Civitas Dei**, las **separa** de manera radical.

La **distinción** de dos elementos implica que, aun diferencián-dolos, se les reconoce un origen común, se admite su partici-pación en un mismo orden de realidad. Por el contrario, la **separación** de dos elementos postula la constatación de su heterogeneidad. El dualismo tradicional es un **dualismo distin-tivo**. Es la doctrina de las dos naturalezas y diferente de la naturaleza metafísica, la naturaleza física no es menos su emanación y su reflejo: *"Los dioses son hombres inmortales, los hombres son dioses mortales"*. Esta máxima clásica expresa maravillosamente la continuidad que liga el mundo material, limitado y perecedero, al mundo espiritual situado bajo el signo de la eternidad. Pero paralelamente al relajamiento progresivo de al tensión metafísica de los orígenes, se insinúa la idea de que el mundo material es la **única realidad**. Al dualismo tradicional que implicaba la primacía de lo espiritual, sucede el **monismo materialista** propio de la visión moderna del mundo en donde la espiritualidad ya no es contemplada más que como "superestructura" de hechos biológicos o económicos, cuando no es simplemente negada. En la perspectiva de deber mantener la llama de la espiritualidad tradicional en una era de decadencia dominada por el monismo materialista más absoluto, el cristianismo ha sustituido al dualismo distintivo antedicho por un **dualismo separativo** que sería absurdo considerar como antitradicional. solo el monismo materialista es antitradicional. Existe visión tradicional del mundo desde el momento en que hay reconocimiento de un orden de realidad **diferente** que la del mundo material y **superior** a esta. La afirmación cristiana de la discontinuidad entre la materia y el espíritu era de tal naturaleza que podía provocar en el Occidente romano decadente, un choque saludable, una reacción salvadora en el sentido de una sacralización que, en la Edad Media, iría hasta manifestarse en los aspectos más cotidianos de la existencia.

LA HISTORIA EN DISMINUCION

Existe un procedimiento artístico o literario mediante el cual el pintor o escritor reproduce, a tamaño reducido la totalidad de su obra en el interior de sí misma. El caso más célebre es una tela de Van Eyck, **La familia Arnolfini**, donde la presencia de un espejo permite que el cuadro se refleje varias veces en sí mismo, en una dimensión cada vez más pequeña. Numerosos escritores, novelistas y dramaturgos, han intentado aplicar esta técnica a la literatura: citaremos, entre otros a Diderot, Novalis, Pirandello, Ghelderode, Gide y Moravia. El caso litera-rio, quizás más conocido, es **"Enrique de Ofterdingen**" de Novalis, donde el héroe descubre un libro que no es más que el relato de su propia aventura.

Existe una perfecta analogía entre este procedimiento y el devenir histórico, hasta tal punto que podemos hablar de esta técnica aplicada a la historia. En efecto, el desarrollo global del **manvantara** (o ciclo en sentido amplio) se refleja bajo una forma reducida en el interior de cada ciclo de civilización (o ciclo en sentido religioso). Así, por analogía con el ciclo histórico general de la humanidad actual, el ciclo histórico particular de la civilización occidental comporta cuatro etapas que corresponden exactamente a las cuatro edades de oro, plata, bronce y hierro.

Evola y Guenon están de acuerdo en situar el inicio de la decadencia de Occidente en la época donde aparecen, en los dominios respectivos del conocimiento y de la acción, el método empírico-analítico y el heroísmo con base de *"voluntad de poder"*. Es la época del humanismo, donde Occidente rompe con la concepción tradicional del conocimiento y de la acción, con el ideal de un saber fundamentado sobre la intuición sintética y la *"voluntad de querer"* características de un heroísmo con fundamento espiritual. Los historiadores modernos nombran esta época el "Renacimiento", por que más allá de varios siglos de "oscurantismo" medieval, piensan que se resucitó la visión antigua del mundo. De hecho no restaura la **welstanchaung** greco-romana más que en sus aspectos decadentes, muy alejados de la espiritualidad primordial, características del clima mental propio de la edad de bronce, especialmente en lo que concierne al heroísmo prometeico.

A la edad de hierro corresponde evidentemente, en el desarrollo histórico de Occidente, el período actual donde triunfan el igualitarismo y el materialismo. Se ha hablado y se volverá a repetir en numerosas ocasiones a lo largo de este estudio sobre la nueva derecha, la *"nueva escuela de derecha"*. Esta ha concebido, para luchar contra el marxismo, doctrina igualitaria y materialista, una estrategia intelectual comparable a la que utilizaron los humanistas del Renacimiento contra la Edad Media católica. El marxismo es asimilado a un nuevo oscurantismo frente al cual conviene restablecer la pretendida verdad. Pero la verdad de la nueva Derecha, es el humanismo positivista y prometeico de la Antigüedad decadente y del "Renacimiento", una "visión del mundo" finalmente impotente para resucitar la tensión metafísica de los orígenes, una filosofía que, por sus mismas lagunas y su carácter, a fin de cuentas, anti-tradicional, hace el juego a las fuerzas subversivas. Existe en todo esto una aplicación del principio de *"heterogeneidad de los fines"* teorizada por Jaspers. El resulta-do de la acción es diferente (en griego **heteros**) de su inten-ción. En el caso de la "nueva derecha" el resultado es incluso opuesto a la intención, ya que una voluntad inicial antisubver-siva termina, en última instancia, por consolidar las fuerzas de la subversión. Podemos pues hablar de una **antiogénesis de los fines** (del griego **antios**, opuesto). Si nos referimos al sentido que Evola da a la Derecha, la "nueva derecha" no puede proclamarse siquiera tal. La Derecha auténtica tiene por referencia metafísica (por "mito movilizador", diría

Sorel) la espiritualidad primordial y por referencia histórica el período que, en el marco de la civilización occidental, reproducía lo más fielmente posible la atmósfera espiritual de la edad de oro. Para Evola, es la romanidad arcaica, para Guenon la Edad Media cristiana. Más allá de esta divergencia secundaria, los dos maestros del tradicionalismo integral y de la verdadera derecha, se oponen, en lo esencial a la pseudo-derecha humanista cuya ausencia de radicalismo favorece en definitiva la acción des-tructiva de la antitradición.

La divergencia entre Evola y Guenon, en cuanto a la referencia histórica suprema de un tradicionalismo europeo auténtico, se explica naturalmente, en gran parte, por su aproximación diferente a la tradición cristiana. Para Evola, la Edad de Oro de occidente está incontestablemente contenida en la romanidad, incluso si reconoce en ocasiones el papel restaurador del cristianismo sobre el plano espiritual, incluso si solo tiene admiración por la Edad Media, no considera a este último más que como un restablecimiento incompleto, hipotecado por la presencia de la espiritualidad cristiana que persiste en contemplar como una ruptura en el interior mismo del mundo de la Tradición. Uno de los principales capítulos de **Rivolta contro il mondo moderno**, donde se trata abundantemente del cristianismo, ¿no se titula acaso "*Síncope de la Tradición Occidental*"?.

LA TRADICION OCCIDENTAL

¿SINCOPE O CONTINUIDAD?

René Guenon, por el contrario, cree que existe entre las tradiciones romana y cristiana, más allá de sus diferencias de expresión, una continuidad profunda. Facilita diversas pruebas, empezando por la existencia de un centro espiritual común, la ciudad de Roma, cuya elección no fue debida a una simple casualidad geográfica. Precisa que *"el Papado, desde su origen, estaba predestinado a ser "romano", en razón de la situación de Roma como capital de Occidente"*. Subraya también la transmisión de algunos símbolos -por ejemplo, las llaves y la barca, emblemas atribuidos a San Pedro, procedentes de Jano-, fenómeno que los historiadores profanos toman por un tributo del catolicismo a la Roma antigua, mientras que atestigua *"esta regularidad tradicional sin la cual ninguna doctrina podría ser válida, y que se remonta poco a poco hasta la gran tradición primordial"*. Señalemos aún, siguiendo a Guenon, la recuperación, por el papado, del título de **pontifex maximus** que era, en la Roma antigua, un atributo del **Imperator**. El término latino *"pontifex"* designa literalmente al "hacedor de puentes". En los órdenes respectivos del poder temporal y de la autoridad espiritual, el Emperador romano -y más tarde el *"Santo Emperador Romano de la Nación Germánica"* y el Papa cristiano tienen por función abrir un puente entre los hombres y Dios, establecer un lazo entre el mundo de abajo y el supra-mundo. En el mismo orden de ideas, una máxima nórdica dice: *"Que quien es el jefe, sea el puente"*.

La continuidad histórica de la Roma antigua y de la Roma cristiana se enriquece además por una rectificación espiritual. René Guenon es formal sobre este punto: *"La civilización greco-latina* ***debía*** *llegar a su fin, y el enderezamiento debía llegar de otra parte y operarse de otra forma. Fue el cristianismo quien acometió esta transformación. Tras el período turbulento de las invasiones bárbaras, necesarias para acabar con la destrucción del antiguo estado de cosas, un orden normal fue restaurado*

durante algunos siglos; fue la Edad Media, tan desconocida por los modernos que son incapaces de comprender la intelectualidad y para quienes esta época parecía ciertamente mucho más ajena y lejana que la antigüedad clásica". Para Guenon no había ninguna duda que la cristiandad medieval es la edad de oro de la civilización occidental y, en consecuencia, la referencia histórica por excelencia del tradicionalismo integral europeo, el "mito movilizador" de una Derecha verdadera cuyos miembros ansíen reencontrar, a través del pensamiento guenoniano, los principios tradicionales de la política. En cuanto a la romanidad, fracasó finalmente en su misión restauradora dejando degenerar muy rápidamente el bello arquetipo tradicional que formaba en sus orígenes la espiritualidad solar, su **ethos** guerrero y su símbolo imperial. De factor de cohesión entre el hombre romano y el supra-mundo, la religión romana se degradó en un simple cimiento social, en un formalismo exangüe subordinado al imperativo de la cohesión social, en un sucedáneo de religión de Estado. De modalidad de acceso a la trascendencia, la acción guerrera degeneró en voluntad de poder y sed de conquistas materiales. Paralelamente al tránsito de una "religión vertical" unificadora de los hombres entre sí con el único objeto de mantener el orden social. El viejo ideal heroico de la **mors triunphalis** cede el puesto a las vergonzosas prácticas del **magnum latrocinium**, a una concepción decadente y, por tanto moderna de la guerra, en donde ésta se convierte en un pretexto para pillajes, muertes gratuitas y manifestaciones diversas de bandidismo. En fin, la función imperial pierde su significado "pontifical" (en el sentido primigenio del término), al mismo tiempo en que desaparecen las últimas individualidades aptas para encarnarla y cuando empiezan a sucederse a la cabeza del Imperio pálidas figuras que rivalizan en mediocridad y bajeza, los Nerón, los Galba, y otros Vitelios de los que Suetonio nos ha dejado sus retratos.

Si recapitulamos el proceso a través del cual occidente se colocó en el abismo, obtenemos, tras la gran restauración medieval (edad oro), la decadencia inherente al humanismo prometeico (edad de bronce) y la precipitación final en el caos materialista e igualitario (edad de hierro). No es verosímil, sin embargo, que Occidente haya pasado sin transición de una era de alta espiritualidad (pensamiento **noocéntrico**, centrado sobre el espíritu) a una época de exaltación vitalista (pensamiento **biocéntrico**, centrado sobre la "vida" e hipostatizando la naturaleza física). El desarrollo de la civilización occidental)no pasa por una fase intermedia cuya atmósfera espiritual sería análoga a la de la edad de plata, una fase que, sin reproducir la perfección espiritual de los orígenes, no dejaría de ser superior a la humanidad de las edades crepusculares y no constituirían menos un dique eficaz contra la involución vitalista y un baluarte sólido contra la subversión?.

En realidad, la cristiandad medieval procede a la vez de al tradición propia a la edad de oro y de la espiritualidad característica de la edad de plata. En ella coexisten dos venas espirituales de las que una se relaciona, mediante el esoterismo cristiano, a la Tradición primordial, y la otra participa, bajo la forma exotérica, de un cristianismo adaptado a las condiciones de fin del ciclo.

La espiritualidad de la edad de oro se caracteriza por la síntesis de las dos modalidades de acceso a la trascendencia: la modalidad de acceso a la trascendencia: la modalidad **gnóstica** (que la tradición hindú llama "vía del **brahmán**"), fundada sobre el ideal del **conocimiento**, y de la modalidad **heroica** ("vía del **khsatriya**"), fundada sobre el ideal de la **acción**. Tal es uno de los numerosos reflejos de la Unidad Primordial. A las dos vías de acceso a la trascendencia corresponden los dos tipos humanos superiores del

clérigo y del **guerrero**, verdaderas "razas del espíritu" (Evola), pues lo que las separa espiritualmente de los hombres ordinarios posee una nitidez comparable a la de las diferencias somáticas (por ejemplo, el color de la piel) subrayadas por el racismo corriente con base biológico-materialista. Queriendo recordar la realidad de estos dos tipos humanos en lenguaje moderno, Raymond Abellio ha traducido imperfectamente al segundo. Al "hombre del conocimiento"; introduce así la perspectiva vitalista propia a la edad del bronce en una noción constituida por el heroísmo espiritual, en una concepción donde la acción, conforme a la unidad primordial de la edad de oro, está en constante simbiosis con el conocimiento y degeneraría en un "querer vivir" irracional, individualista y despreocupado.

La involución empieza con la ruptura de la síntesis original. A partir de ese momento, separados, el conocimiento y la acción se degradan cada uno por su parte. A la modalidad gnóstica de descubrimiento del supramundo se sustituye una vía más sentimental de acceso a lo divino, una modalidad que apela ante todo a la afectividad, a la fé. Clemente de Alejandría distingue acertadamente el **pistikos** (aquel que **cree en Dios**) y el **gnostikos** (quien **sabe que Dios existe**). En cuanto a la vía heroica, degenera en "voluntad de poder". Durante un cierto tiempo, la espiritualidad devocional permanece como dominante. Es el período que corresponde a la edad de plata, que podemos llamar la **edad religiosa**, mientras que la edad de oro es, ante todo la **edad metafísica**. A continuación se produce la "rebelión de los **khsatriya**" que marca el principio de la edad de bronce inaugura la era biocéntrica y se ejerce con tanto mayor violencia en cuanto más emancipada está de toda dimensión trascendente y la comprensión misma de la trascendencia no se realiza más que bajo la forma ya degradada de un impulso místico, confuso y desordenado.

LOS DOS FILONES DE LA EDAD MEDIA

La Edad Media es atravesada paralelamente por dos grandes corrientes espirituales: la de una **tradicional** en sentido pristino del término, es decir, relacionada con la Tradición primordial y la espiritualidad característica de la edad de oro; la otra más específicamente **católica**, procedente de la espiritualidad propia de la edad de plata. Evola y Guenon están de acuerdo en la coexistencia de estas dos grandes corrientes medievales, pero divergen en lo que concierne a sus relaciones. Evola piensa que las dos corrientes se oponen. Guenon estima que mantienen una relación, no de **oposición**, sino de **complementareidad**.

Guenon ve en la persona de San Bernardo al más ilustre testimonio de la supervivencia medieval de la espiritualidad de los orígenes contemplada en su modalidad gnóstica. Evocando la alta figura del abad de Claraval, escribe: *"Lo que las filosofías se esfuerzan por observar mediante una vía complicada, el lo comprendía inmediatamente, mediante la intuición intelectual sin la cual ninguna metafísica real es posible y fuera de la cual no se puede tener sino una sombra de la verdad"*. En tanto que medio de conocimiento, *"la intuición intelectual"* es superior, no solo al pensamiento empírico moderno -la "filosofía" en el sentido profundo del término, de la que Guenon traza aquí los límites-, sino también al éxtasis místico. Esta última denota un cariz de espíritu religioso mientras que la **intuitio intelectualis** atestigua un cariz de espíritu metafísico. La **vía metafísica del conocimiento** implica, en los planos respectivos de la doctrina y de la realización existencial, el **esoterismo** y la **iniciación**. No fue solo el patrimonio de personalidades aisladas. Fue igualmente cultivada en simbiosis con la **vía heroica de la**

acción, en el seno de las grandes órdenes caballerescas y de las comunidades ascético-guerreras que constituyen los más bellos florecimientos de la cultura medieval y cuyo parentesco espiritual con el catolicismo de la época no tiene para Guenon ninguna duda. *"En la Edad Media, existieron organizaciones cuyo carácter era iniciático y no religioso, pero que tomaban su base en el catolicismo".*

La relación de complementareidad que unión la vena tradicional y la vena católica de la Edad Media no es perceptible más que a condición de reconocerles un origen común en el "cristianismo primitivo" y de contemplar este bajo su doble aspecto de doctrina esotérica intemporal y de mensaje exotérico adaptado tanto a la mentalidad popular como a las circunstancias históricas. Esto ha escapado a Evola tanto tiempo como el autor de **Rivolta contro il mondo moderno** ha negado la existencia de un esoterismo específicamente cristiano y ha confundido, por culpa de una lamentable metonimia intelectual, la parte del cristianismo con su todo, la integralidad de la tradición cristiana con su adaptación social e histórica. Paralelamente a su categórica negación de todo esoterismo cristiano, Evola hipostatizó durante mucho tiempo la parte exotérica del cristianismo hasta el punto de tomarla por la esencia misma de la doctrina cristiana. En estas condiciones, es normal que la corriente tradicional de la Edad Media haya aparecido a Evola como algo exterior al cristianismo, procedente de otra fuente espiritual y no pudiendo mantener con la corriente católica más que una relación de oposición.

El análisis de la caballería, por ejemplo, permite a Evola *"constatar hasta que punto los temas fundamentales del cristianismo evangélico estaban superados y en qué medida la Iglesia fue contraria a tolerar un conjunto de principios, valores y costumbres prácticamente irreductibles al espíritu de sus orígenes".* Julius Evola observa en la caballería un intento de *"reconstrucción tradicional en el sentido más elevado, implicando la superación tácita o explícita del espíritu religioso cristiano"*, un esfuerzo de restauración, más allá de la ruptura provocada por el cristianismo "primitivo", de la espiritualidad heroica del mundo indo-europeo bañada en la "Luz del Norte". Citaremos aún un fragmento que quizás nos sea revelador: *"Tomando por ideal el héroe antes que el santo, el vencedor antes que el mártir, colocando la suma de todos los valores en la fidelidad y en el honor antes que en la caridad y la humildad, considerando la dejadez y la vergüenza como un mal peor que el pecado, no respetando en absoluto la regla que pide que se devuelva bien por mal y que no se oponga resistencia al mal, aprestándose, antes bien, en castigar al injusto y al malvado, expulsando de las propias filas a aquel que mantuviera literalmente el precepto cristiano de "no matarás", teniendo por principio no amar al enemigo sino despues de haberlo vencido, así la caballería afirma, casi sin alteración, una ética nórdico-aria en el seno de un mundo que no era más que* ***nominalmente cristiano****".*

En **Máscara y rostro del espiritualismo contemporáneo**, Evola varía su posición en cuanto al esoterismo cristiano. Concede la posibilidad de una interpretación simbólica de los Evangelios. En **Rivolta contro il mondo moderno** no atribuye elementos tradicionales más que al catolicismo. Y aún aquí no se trata más que de restos atribuidos a la romanidad clásica que, al margen de su influencia positiva, jamás han permitido al catolicismo yugular la tendencia regresiva contenida en germen en el "cristianismo primitivo". El cristianismo de los orígenes, en ese punto, es declarado portador de "valencias positivas". Evola ha modificado considerablemente su posición. Ciertamente permanece albergando una cierta repulsión por los aspectos que hacen del cristianismo

una "doctrina trágica de la salvación", un mensaje dirigido mayoritaria y prioritariamente a un *"tipo humano desesperado por su posibilidad de acceso a lo divino"*. Pero, por otra parte, algunos aspectos de la moral católico-cristiana (la humildad, la caridad) son reconocidos como superiores al orgullo individualista característico de la mentalidad occidental moderna, y la misma fe -este *"impulso confuso y desordenado"*, condenado en otro tiempo sin reservas- adquiere, como forma de aprehensión de lo trascendente, un valor indiscutible ante las *"construcciones de la filosofía y de la cultura profanas"*.

Evola coincide a partir de ahora con Guenon en la determinación de las causas principales de la decadencia postmedieval de la cristiandad. La causa externa es la acción disolutiva del protestantismo. René Guenon vitupera la religión reformada en tanto que introductora del principio del "libre examen", variante exegética del orgullo individualista denunciado antes, aspecto intelectual de la "voluntad de poder" humanista. Evola ve un ejemplo de fuerza subversiva triunfante gracias a una de las armas psicológicas más eficaces de la "guerra oculta": "*la explotación de las debilidades individuales y de los abusos circunstanciales con el fin de despreciar una doctrina, la técnica consistía en hacer recaer sobre una idea los errores de quienes la aplican, la confusión voluntaria entre la esencia y el ejercicio de una función, la superchería tendiente a hacer pasar una* ***crisis en el sistema*** *por una* ***crisis del sistema***".

En cuanto a la causa interna de la decadencia del cristianismo, es **el obscurecimiento gradual de su conciencia esotérica**. motiva las reticencias de Guenon cuando este último, estudiando las posibilidades de una renovación tradicional en Occidente, se pregunta sobre la presencia, en el seno de la Iglesia católica, de elementos capaces de advertir el sentido a la vez oculto y auténtico de su propia tradición. Para Evola igualmente, solo tales individualidades, claramente conscientes de la dimensión esotérica del cristianismo y firmemente resueltos a superar las *"limitaciones de la fe, de la devoción y de todo lo que es propio de una simple conciencia religiosa*", pueden entablar, mediante el enderezamiento de la tradición cristiana, la revolución espiritual de Occidente. Solamente ellas están en condiciones de dirigir victoriosamente el combate de la espiritualidad verdadera tanto frente a la marejada ascendiente del materialismo como ante el impetuoso torrente de la *"segunda religiosidad"* (Oswald Spengler), espiritualismo de pacotilla hoy viviente en estado parasitario sobre las ruinas de la Tradición.

CAPITULO II

ASPECTOS DEL ESOTERISMO CRISTIANO

La condición **sine qua non** para un enderezamiento del cristianismo es el redescubrimiento de su esoterismo y, de forma más general, de todo lo que lo relaciona, más allá de su forma religiosa particular, con el tronco metafísico común a todas las tradiciones. La principal causa de su decadencia es la pérdida de conciencia, hasta en sus depositarios teóricamente más cualificados -es decir, el clero-, de la conformidad de su doctrina con la Tradición primordial. Esta pérdida de conciencia tradicional engendra normalmente la confusión entre la esencia del cristianismo y su adaptación accidental a las circunstancias históricas. Esta última está hipostatizada, exaltada hasta el punto de pasar por una absoluta novedad en toda la historia de las religiones, mientras que en realidad, se trata de una novedad muy relativa, estrechamente ligada a las condiciones de fin de ciclo y no teniendo en absoluto, para la comprensión profunda del cristianismo, la importancia de sus elementos perennes, garantes de su vinculación con la Tradición primordial.

Evola tiene razón al escribir: *"La "novedad" no puede ser concebida más que en el plano de una adaptación particular de la doctrina, adaptación que no es nueva más que por lo que se refiere a las nuevas condiciones existenciales e históricas. para tener la posibilidad de afirmar sensatamente el axioma católico, anteriormente recordado, la actitud debería ser la opuesta de la que es: en lugar de insistir sobre la "novedad" de las doctrinas, como si contribuyera un mérito, se debería resaltar su* ***Antigüedad*** *y su* ***Perennidad****, mostrando precisamente en qué es posible reconducirlas, en su esencia, a un cuerpo superior de enseñanzas y símbolos, que es verdaderamente "católico" (es decir, universal)".*

Como eco a este fragmento, reproducimos **in extenso**, una página de Guenon que, en el orden de ideas que nos ocupa merece un comentario detallado.

"La adaptación religiosa, como la constitución de cualquier otra forma tradicional, es sin embargo, el hecho de una verdadera autoridad espiritual, en el sentido más completo de esta palabra; y esta autoridad, que aparece entonces exteriormente como religiosa, puede también, al mismo tiempo, convertirse en otra cosa, en tanto haya en su seno verdaderos Brahamanes, entendiendo por tales a la élite intelectual que conserve la conciencia de lo que está más allá de todas las formas particulares, es decir, de la esencia profunda de la Tradición. Para tal élite, la forma no puede jugar más que un papel de "soporte" y, por otra parte, facilita un medio de hacer participar a la tradición los que no tienen acceso a la pura intelectualidad; pero estos últimos, naturalmente, no ven más allá de la forma, sus propias posibilidades individuales no les permiten ir más lejos y en consecuencia, la autoridad espiritual no puede mostrarse ante ellos bajo otro aspecto que el que corresponde a su naturaleza, aunque su enseñanza, incluso exterior, sea siempre inspirada por el espíritu de una doctrina

superior. Solamente, puede ocurrir fatalmente que, una vez realizada la adaptación, quienes son los depositarios de esta forma tradicional se encuentren encerrados ellos mismos a continuación, habiendo partido la conciencia efectiva de lo que está más allá".

En estas líneas está incluida toda la problemática de la decadencia del cristianismo. La *"verdadera autoridad espiritual"* ha desaparecido en el seno de la Iglesia que se presenta como "católica", no hay una auténtica "élite intelectual" capaz a la vez de adaptar la doctrina a las circunstancias y preservar su significado universal. Numerosos con los representantes de la tradición cristiana que se han dejado "encerrar" en los límites de la "adaptación religiosa" y han perdido, con la esencia profunda del cristianismo -que es también la de las otras tradiciones y, en última instancia, de la Tradición primordial cualquier contacto, incluso teórico, hasta el punto de defender un *"exclusivismo sectario y dogmático"* que Evola tiene razón al reprochar. Confieren a su tradición particular un absolutismo completamente incompatible con el ideal de la "catolicidad" comprendida en su acepción etimológica. Para ellos el cristianismo no es *"una tradición entre otras"*; sino la *"Revelación en el seno de la Tradición"*. Este exclusivismo repleto de pretensión novedosa no es aún más que un mal menor cuando al relativo desprecio por las otras tradiciones agrupadas con la peyorativa etiqueta de "paganos", añade el categórico rechazo a hacer un frente común a la Subversión. Tal es el caso actual del integrismo que, aun permaneciendo muy alejado del verdadero ecumenismo -el ecumenismo por lo alto, aquel que se desprende de la esencia común a todas las doctrinas referidas a la tradición primordial- no constituye tampoco una barrera eficaz contra la Subversión en la medida en que su interpretación exoterismo-social del mensaje cristiano es aristocrático y autoritario, es decir, en cierta forma, tradicional.

El exclusivismo denunciado anteriormente se convierte en catastrófico cuando, aún ejerciéndose con vigor contra las otras religiones tradicionales, se acompaña de una tolerancia inadmisible hacia las doctrinas antitradicionales como el protestantismo o el marxismo. Desemboca en una especie de ecumenismo por lo bajo, un pseudo-universalismo de carácter híbrido aunador de elementos subversivos a una tradición no solamente despojada de su dimensión esotérica, sino traicionada en cuanto a su forma exotérico-social. Tal es el actual cristianismo "abierto a la izquierda" que, no contento con negar toda participación de la tradición cristiana en la Tradición primordial -lo que no lo diferencia de la "Derecha" integrista-, opera, a través de una mezcla de anacronismo y de literalismo, una exégesis igualitaria de las Escrituras. La asimilación del cristianismo a un marxismo **ante litteram** postula el principio protestante del "libre examen" de los textos sagrados. Así el cristianismo "abierto a la izquierda" se presenta como la síntesis perfecta de los dos eslabones de la cadena subversiva que destruye el edificio tradicional de la cristiandad. Constituye, ante el cristianismo tradicional y verdaderamente "católico" un mal peor que el integrismo que, a pesar de todo, por su interpretación aristocrática y autoritaria del exoterismo cristiano, sigue estando, aunque solo sea parcialmente, en contacto con la Tradición. Así pues, una restauración tradicional del cristianismo sigue siendo posible sobre la base del integrismo, mientras que el cristianismo "abierto a la izquierda" encaja irreversiblemente en la corriente de la Subversión y debe **ipso facto** ser combatido con todas las fuerzas.

Como ejemplo de representante de la tradición cristiana que se ha dejado "encerrar" en una óptica exotérica, citaremos al cardenal Danielou, caso tanto más ilustrativo en

cuanto que se trata de uno de los mejores teólogos contemporáneos. Sus "reticencias" respecto a René Guenon y al tradicionalismo integral permiten imaginar el abismo de incomprensión donde deben estar **a fortiori** los miembros del clero subalterno y los "sacerdotes obreros". *"El cristianismo no está animado de una cierta comprensión metafísica de las dimensiones permanentes del hombre" afirma el cardenal Danielou. "Procede de la misma intervención de Dios en la historia humana"*. Su "superioridad directa" sobre las otras religiones *"le viene de la encarnación misma del Verbo" en un hombre particular, Jesucristo, el Salvador de toda la Humanidad. Por ello "las religiones bíblicas" y "el cristianismo en particular, no son formas de la Tradición primordial, sino el nacimiento de algo nuevo"*. Repitamos aún que se trata para nosotros de una novedad relativa. El cristianismo se ha pretendido la religión del verbo encarnado en la medida en que las condiciones históricas propias del estadio muy avanzado del **kali-yuga** necesitan el impacto, sobre el mayor número de gente posible, de un acontecimiento extraordinario -en el sentido pristino del término-, susceptible de estremecer de manera definitiva a un tipo humano, sin retorno, sobre la vía de la redención. En el "misterio de la Encarnación" aparecen pues las tres dimensiones de la relativización exotérica: las dimensiones histórica, social y existencial. Cualquiera que sean las formas bajo las cuales se opera, esta relativización no afecta en nada al significado superior de la doctrina, su sentido esotérico indisociable de la tradición primordial. Entre estas formas, ya hemos señalado anteriormente el matiz aportado por el cristianismo en la concepción tradicional de las dos naturalezas, la sustitución, del dualismo distintivo tradicional, por un dualismo separativo de origen completamente tradicional pero adaptado a las circunstancias de la edad de hierro donde predomina una mentalidad monista y materialista. A una humanidad decadente, sufriendo la tentación del monismo materialista, conviene primeramente sugerir la existencia de **otro** mundo más allá del material, incluso si el dualismo así reconstituido parece en un primer tiempo oponer dos mundos completamente **heterogéneos**, a fin de facilitar a continuación la elevación hacia un dualismo, tampoco de **oposición**, sino de **complementareidad**, en donde el mundo material sea percibido como la emanación y el reflejo del mundo espiritual, su imagen imperfecta y perecedera. De forma más general, la relativización exotérica de una doctrina reside en su expresión religiosa. Guenon ya insistió: lo **religioso** no es más que un aspecto de lo **sagrado**, siendo el otro la **metafísica**. Sobre esta distinción fundamental se inscribe otra entre la "salvación", modalidad religiosa de acceso a lo divino, vía exaltada por el cristianismo al convenir a un *"tipo humano roto"* (Evola) habiendo perdido el sentido de la intelectualidad verdadera, y la "liberación", ideal metafísico de *"obtención del estado supremo e incondicionado"* una vez superadas todas las limitaciones inherentes a la parte material del ser.

EL CRISTIANISMO: NOVEDAD Y PERENNIDAD

El cristianismo comparte con las demás tradiciones un cierto número de mitos, símbolos e imágenes. Ya hemos evocado el mito de la **edad de oro (o Paraíso)** común a las religiones bíblicas y al hinduismo, y cuyo eco se encuentra también en Hesiodo y Virgilio. Ya hemos señalado igualmente el título simbólico de **Pontifex** (literalmente el *"Constructor de Puentes"*) reservado tanto a los emperadores romanos como a los papas cristianos. Guenon recuerda que *"simbólicamente, el **Pontifex** es aquel que realiza la función de mediador, estableciendo la comunicación entre este mundo y los mundos superiores. A este respecto, el arco iris, el "puente celeste", es un símbolo natural del "pontificado"; y todas las tradiciones le dan significados perfectamente concordantes:*

así, entre los hebreros, es el símbolo de la alianza de Dios con su pueblo; en China es el símbolo de la unión del Cielo y de la Tierra; en Grecia, representa el ***Iris****, el "mensajero de los dioses"; un poco por todas partes, entre los escandinavos y también entre los persas y árabes, en Africa Central y hasta en algunos pueblos de América del Norte, es el punto que relaciona el mundo sensible a los "suprasensible".* Añadamos que el **Tirhamkara** hindú (literalmente *"aquel que construye un vado o un puente"*) es el estricto equivalente del **Pontifex** latino. El puente en cuestión no es otro que el camino de la Liberación. Los **Tirhamkaras** son veinticuatro, como los ancianos del Apocalipsis. Pero volveremos más adelante sobre la concordancia intertradicional del simbolismo numérico.

Podríamos multiplicar semejantes ejemplos. En un libro escrito poco tiempo después de la muerte de Guenon, pero recientemente reeditado y que constituye una exclente introducción al pensamiento de Guenon, Paul Serant no deja de citar otros muchos. Constata, por ejemplo, la analogía existente entre el Cristo, en la persona en quien se unen las dos naturalezas, divina y humana, y el JEN (el "Hombre") que juega, en la Gran Triada toaista, el pael de mediador entre el "Cielo" (**Tien**) y la "Tierra" (**Ti**). Guenon relaciona esto con el sentido superior de la frase evangélica: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".* Y Guenon comenta: *"El Verbo en sí mismo, y en consecuencia el "Hombre Universal"* que le es idéntico, está más allá de la distinción del "Cielo" y de la "Tierra"; permanece eternamente tal como es, en su plenitud de ser, mientras que toda manifestación y cualquier diferenciación (es decir todo orden de existencias contingentes) se han desvanecido en la "transformación" total".

La integración del simbolismo cristiano en el gran conjunto esotérico intertradicional no implica solamente la percepción de la Concordancia de los significados. Cada símbolo, cada imagen, cada mito es el soporte de una idea conveniendo igualmente reconducir esta idea al **Corpus** temático que funda la visión tradicional del mundo, una y universal por encima de las diversas religiones que la concretizan en el tiempo y en el espacio. La superación delexoterismo cristiano y el descubrimiento de la dimensión esotérica del cristianismo, el tránsito de la **Shariyah** a la Haqiqah, por emplear una terminología islámica, postula, aparte de resaltar la concordancia de los significados, el establecimiento de la **Convergencia de los Significados**. Así, por ejemplo, no basta constatar la perennidad del mito edénico. es preciso aún unir esto a la metafísica tradicional de la histórica, a esta visión cíclica a la vez pesimista y activa que comparten todas las tradiciones, a esa concepción involutiva y sin embargo portadora de esperanza que alía la sombra constante de la decadencia con la perspectiva de redención en un nuevo ciclo.

El símbolo del **caminar sobre las aguas** es un caso típico del símbolo llamado no solamente a aproximar significados, sino también a la comparación de los significados y a su integración final en la **Weltanschaung** tradicional. Guenon refiere que **Visnhu** es llamado **Narayana**, "aquel que camina sobre las aguas", y que "una aproximación con el Evangelio se impone allí donde se ve precisamente a Cristo caminar sobre las aguas". Y añade que, en la tradición hindú, la conquista de la "Gran Paz", la unión con la "Tranquilidad", la posesión del "Sí en su plenitud", es decir, a fin de cuentas, la realización interior, *"es frecuentemente representada bajo la figura de una navegación".* Piénsese, de manera casi inevitable, en los Argonautas y en la barca que, en el simbolismo cristiano, representa a la Iglesia, aunque además, el descubrimiento

del centro espiritual interior sea frecuentemente asimilado a una empresa heroica que no se produce necesariamente sobre el mar (**Queste del Graal**, doctrina islámica de la *"gran guerra santa"*, **Bhagavad Gita**). En todas las tradiciones donde aparece, la acción de *"caminar sobre aguas"* en medio del *"mar de las pasiones"*, es como el permanecer inmutable de una isla en medio de la agitación incesante de las olas. En la imaginería evangélica, al igual que en los demás simbolismos tradicionales, nos remite a la doctrina universal que sitúa la realización del Ser en la tensión metafísica permanente hacia la unidad interior más allá de la diversidad de los instintos materiales, de las pulsiones afectivas y de todas las manifestaciones informes del **Bios**.

Estamos ahora muy por encima del confusionismo místico sentimental y del dualismo rígido que el joven Evola reprocha al cristianismo de los orígenes. La distinción ternaria **Cuerpo-Alma-Espíritu**, fundamento de la visión tradicional del hombre, está presente en el cristianismo, y especialmente en los primeros textos, las Epístolas de San pablo a los Tesalonicenses y a los Corintios. El precepto de *"glorificar a Dios en su cuerpo"* está en las antípodas de este ataque visceral que el cristianismo habría dirigido contra la parte carnal del ser humano. San Pablo dice que el hombre es a la vez cuerpo, alma y espíritu y que el cuerpo humano es la epifanía del alma y el templo del Espíritu Santo. Transición entre el espíritu y el cuerpo, el alma es el soporte de la tensión metafísica que el primero implica en el segundo. No es solo el receptáculo de impulsos confusos, a través de los cuales reconocemos el lazo que nos une con la esfera biológico-material del ser. Es también la palanca de la tensión espiritual. Lleva como improntas de esta búsqueda existencial del supra-mundo, rasgos que transcienden, por su naturaleza misma, los impulsos de la simple emotividad y cuya organización en un estilo coherente de comportamiento y de acción constituye la base de lo que Evola llama la "raza del espíritu", la "raza del alma" en el sentido superior, **Noopsiquico** del término, y no en la acepción inferior y **Biopsiquica** del alma concebida como fuente de dispersión afectiva.

INTEGRACION DEL SIMBOLISMO CRISTIANO

En el desarrollo precedente, hemos evocado la noción de "centro espiritual" en el sentido interior del término, a saber, el núcleo esencial de la personalidad que cada uno debe esforzarse en descubrir, más allá de la contingencia de las llamadas de la carne y al precio de lo que los musulmanes llaman la "gran guerra santa", por oposición a la "pequeña guerra santa", la que se realiza en el exterior, contra los enemigos de la patria. existe también un sentido exterior a la noción de "centro espiritual". Se trata entonces del lugar de irradiación de una tradición dada: Roma, La Meca, Jerusalén.

Los diferentes centros espirituales, a partir de los cuales las diversas tradiciones religiosas han irradiado no son siempre más que los reflejos espacio-temporales de un gran centro universal, lugar de irradiación de la Tradición Primordial, estancia del "Rey del Mundo" que, antes de Guenon, saint Yves d'Alveydre ha evocado en **Mission de L'Inde**. Este "Centro del Mundo" se llama **Agarta** conocido también en la Edad Media cristiana como el reino del Preste Juan y su "estructura duocenal" se refleja en todos los centros espirituales histórico-geográficos que derivan. Entraremos de lleno aquí en el simbolismo númerico, el significado esotérico de las cifras, de las que, tal como recuerda un historiador del arte cristiano, *"el carácter utilitario ha sido siempre cubierto por un sentido misterioso y siempre preciso que ha llegado hasta nosotros, como una confidencia de las primeras edades"*. Nos limitaremos al estudio del sentido simbólico de los números doce y trece.

Saint-Yves d'Alveydre refiere que *"el círculo más elevado próximo al centro misterioso se compone de doce miembros, que representan la iniciación suprema y corresponden, entre otras cosas, a la zona zodiacal"*. Guenon comenta: *"Esta constitución se encuentra reproducida en lo que se llama el "consejo circular" del **Dalai Lama**, formado por doce grandes Namshans; y se la encuentra también, además, hasta en algunas tradiciones occidentales, como por ejemplo los doce caballeros de la Tabla Redonda. Añadiremos aún que los doce miembros del círculo interior del **Agarta**, desde el punto de vista del orden cósmico, no representan simplemente los doce signos del Zodiaco, sino más bien los doce **Adityas**, que son otras tantas formas del sol, en relación con estos mismos signos zodiacales. Y añade aún una nota sobre los doce **Adityas** representados por el Sol de doce rayos, mientras que la liturgia católica atribuye a Cristo el título de **Sol Justitiae**, siendo los doce apóstoles de la tradición cristiana los doce rayos "enviados" (conforme a la etimología de la palabra griega **Apóstoles**) por el "Sol espiritual" que es Cristo. En conclusión de todo esto, podemos afirmar, no solo que los centros espirituales diversos que corresponden a las diferentes tradiciones son las emanaciones de un centro único y supremo que corresponde a la gran Tradición primordial, sino también que el número de los doce apóstoles es una señal, entre muchas más de la perfecta conformidad del centro espiritual cristiano con el centro espiritual universal".*

Por lo que se refiere al simbolismo perenne del número tres, en relación con el dogma católico de la Trinidad, no podemos hacer nada mejor que reproducir el siguiente fragmento de uno de nuestros artículos: *"Los rasgos de ésta última (NdA,de la espiritualidad pagana) son múltiples en el seno de la Iglesia católico romana. No nos corresponde mencionarlos aquí. Citemos solamente, por ejemplo, la Trinidad, vestigio de la cosmogonía homérica -"cualquier cosa se divide en tres", dijo el famoso poeta griego-, reflejo de la tríada sagrada de los Arios, supervivencia de la doctrina hindú de la trimurti, reminiscendia del "**Shamroch**" o guirnalda con tres reflejos de los druidas. La concepción del "dios de las tres formas" o de "tres dioses en un solo ser" es igualmente propia de la mitología nórdica (Odín, Ladur y Hoenir) y de la religión egipcia".*

Nuestra referencia a este artículo no quiere decir que sigamos de acuerdo con el punto vista ahí desarrollado. En la época en que escribimos estas líneas, nos sentíamos bloqueados, de una parte, por los recuerdos de una educación particular y los imperativos temperamentales que nos llevaban hacia el cristianismo y, de otra parte la influencia conjugada de **Rivolta contro il mondo moderno** y las publicaciones de la "nueva escuela" de derecha. de todo ello resultaba una especie de compromiso crítico. de un lado la condena a un pretendido "cristianismo primitivo" considerado como contrario al "genio europeo". De otro, una loa al catolicismo en base a pretendidas "huellas" de "espiritualidad pagana" en las que residía la especificidad de Occidente. A pesar de la saludable valoración de la universalidad del simbolismo ternario, el tránsito anteriormente mencionado da cuenta de un historicismo implícito completamente incompatible con la idea de su supratradicionalismo primordial y, en lo que respecta al desarrollo intrínseco del cristianismo, la supervivencia del prejuicio evolucionista aumentada por una concepción limitativamente sociológica del papel de la religión. Al haber "evolucionario" en un sentido favorable al orden social, el catolicismo exaltado por aquellos mismos que, rechazando el "cristianismo primitivo" en su significado más profundo, lo amputan de su cimiento espiritual. Pues el catolicismo es, al igual que la caballería, la corriente ascético-guerrera de la edad Media y el pensmaiento político

gibelino, el producto de la expansión del cristianismo original y, por esta filiación histórica contingente, una de las formas de expresión de la Tradición absoluta que trasciende las categorías del espacio y del tiempo.

ESTRUCTURA DUOCENAL DE LOS CENTROS ESPIRITUALES

"La Cruz permanece mientras que el mundo cambia", tal es la divisa de la Orden monástica de los cartujos. Expresamente se encuentra enunciada la identificación de la cruz con el *"Eje del mundo"*. El **Axis Mundi** es el centro espiritual del universo, su motor inmóvil, por emplear la célebre fórmula de Aristóteles, la fuerza que dirige el movimiento universal sin participar en él. Existe un *"simbolismo de la cruz"* al cual Guenon ha consagrado una de sus mayores obras. Cuando el cristianismo hace el signo de la cruz, no rememora solamente las dos maderas en las que Cristo fue clavado, se relacionam, a través de este gesto simbólico, con la Tradición primordial; no solamente el cristianismo ha utilizado el símbolo crucial, sino que otras muchas religiones lo han hecho figurar como aspecto fundamental de su doctrina.

René Guenon escribe: *"La mayor parte de las dcotrinas tradicionales simbolizan la realización del "Hombre Universal" mediante un signo que es por todas partes el mismo, por que, como decíamos al principio, es de aquellos que se relacionan directamente con la Tradición primordial: es el signo de la cruz, que representa muy netamente la forma mediante la cual esta realización es alcanzada a través de la comunión perfecta de la totalidad de los estados del ser, armónica y conformemente, en desarrollo integral en los dos sentidos de "amplitud" y "exaltación"*. Guenon precisa que los términos "amplitud" y "exaltación" son tomados del esoterismo islámico. Es necesario determinar su significado y, consiguientemente, la noción de "Hombre Universal" que se encuentra también en los antiguos textos persas (el Vohumanas) así como en el taoismo (el Jen, elemento mediador del Cielo y de la Tierra en la Gran Tríada).

La expansión en el sentido horizontal de la "amplitud" es *"la extensión íntegra de la individualidad tomada como base de la realización, extensión que consite en el desarrollo indefinido de un conjunto de posibilidades sometidas a ciertas condiciones especiales de la manifestación"*. Se refiere pues a la parte biopsíquica del ser. Por esta razón, no puede constituir un fín en sí. Debe realizarse en perfecta armonía con el desarrollo en el sentido vertical de la "exaltación". Esto último corresponde a la realización de lo que Evola llama la "persona absoluta". Dejamos de subrayar la diferencia fundamental que separa la Individualidad de la Personalidad. Las modalidades de la primera son las modalidades biopsíquicas cuya extensión puramente horizontal no puede bastar a quien quiere alcanzar la dimensión del "Hombre Universal". A fin de que la realización del sí en el sentido de la "amplitud" no se limite a un simple individualismo fundado sobre la "voluntad de poder", las modalidades biopsíquicas mismas deben ser jerarquizadas. Deben ser privilegiados, en la extensión horizontal de la individualidad, los estados del alma susceptibles de servir de soporte a la extensión vertical de la personalidad, la "exaltación" en el sentido esotérico del término, la elevación espiritual que postula la organización coherente de la diversidad biopsíquica en un principio dominante de unidad interior.

Al igual que hemos encontrado el eco del simbolismo numérico docenario desde los doce caballeros de la Mesa Redonda hasta los doce Apóstoles pasando por los doce dioses del Olimpo griego, el simbolismo espacial de la cruz representa la integralidad de realización interior en el "Hombre Universal" que es a la vez el Cristo, el profeta de la tradición islámica, el **Adam Kadmon** de la kabbala hebraica y el **Wang** de la tradición extremo-oriental. En virtud de la analogía tradicional entre el macrocosmos y el microcosmos, está interpretación del simbolismo metafísico de la cruz no contradice en absoluto, sino que, por el contrario, completa la interpretación implícita en el lema de la orden monástica de los Cartujos. En efecto, la extensión íntegra en las dos direcciones del espacio, del "Hombre Universal" es el microcosmos humano, **Axis Mundi** del macrocosmos mundial. La realización total del ser consiste muy exactamente en el descubrimiento del propio eje espiritual, del núcleo central de la personalidad que dirigirá el movimiento de la individualidad sin participar en ella del principio espiritual llamado a ser el "motor inmóvil" del alma y del cuerpo.

Solo nos resta para cerrar el presente desarrollo el evocar el caso de una de las numerosas aplicaciones particulares del simbolismo universal de la cruz, relativamente en uso completamente antitracional en época reciente. Se trata de la **Svastika**, viejo y perenne símbolo del que se encuentran huellas entre los indígenas de América, signo indudablemente relacionado con la Tradición primordial y del que el nacional-socialismo, ignorando completamente su valor universal, ha convertido en emblema de la pretendida superioridad de la "raza aria". semejante riesgo de particulariza afecta hoy al símbolo de la "cruz céltica" recuperado por el nuevo nacionalismo europeo. En tanto que símbolo de la unidad europea, la cruz céltica es ciertamente tan legítima desde el punto de vista étnico como lo es desde el punto de vista político. Los pueblos celtas se han, efectivamente, diseminado por toda Europa, de España a Bohemia. Ciertamente se ven ramificaciones celtas hasta en el próximo Oriente. El profesor Jaques Bauge Prevost)no nombra al mismo Jesús "el Celta de Galilea", afirmando así el origen céltico del pueblo europeo?. La "cruz céltica" es el símbolo legítimo de un nacionalismo abierto sobre el Occidente cristiano, de una ideología nueva y de alto interés por que opone al liberalismo y al marxismo el ideal de una Europa concebida como unidad de civilización antes que como conglomerado de naciones en sentido estrecho, siempre dispuestas a hacer valer unas contra otras sus particularismos. Es preciso, sin embargo, cuidarse en no reemplazar el particularismo nacional por el particularismo europeo que, incluso fundado sobre la comunidad de cultura antes que sobre la, puramente biológica, de la raza, que es el exacto equivalente de lo que supone en el plano individual, la realización de sí en la dirección horizontal de "amplitud". El nacionalismo europeo debe también abrirse verticalmente, en el sentido de la universalidad, añadiendo a su lúcida y necesaria percepción de las Diferencias biopsíquicas, raciales y culturales, la clara e indispensable conciencia de las Jerarquías espirituales. Solamente las diferencias espirituales tienen un valor absoluto y universal pudiendo *ipso facto* servir como fundamentos al establecimiento de las jerarquías. A título de ejemplo, diremos que desde el punto de vista tradicional en una civilización como la Medieval occidental y cristiana, la comunidad de espíritu que liga al caballero europeo a su homólogo japonés, el Samurai, es más importante, no solamente que la diferencia de raza que los separa, sino también y sobre todo que la comunidad étnica y cultural que liga a este mismo caballero con el burgués y el siervo europeos. Paralelamente a este redescubrimiento de la jerarquía (en el orden creciente de importancia, la comunidad biológica, la comunidad cultural y la comunidad de espíritu, tripartición que corresponde a la división tradicional ternaria del ser humano), el nuevo nacionalismo europeo debe reencontrar el sentido

universal de su símbolo, la "cruz céltica" cuyas dos ramas perpendiculares representan la doble realización horizontal y vertical, de la comunidad europea, y el círculo que las rodeas, la totalidad, la plenitud del ser resultante de esta doble realización.

CRISTO: REY, SACERDOTE Y PROFETA

Uno de los acontecimientos simbólicos más notables de la tradición cristiana es incontestablemente la historia de los tres "Reyes Magos" "venidos de Oriente" para rendir pleitesía a Jesús y llevarle "oro, incienso y mirra". Es ante todo significativo que uno de estos tres reyes ostente el nombre de Melki-or (literalmente, en hebreo, "Rey de la Luz"), cuya raíz es la misma que **Melki-Tsedek** (o Melquisedec). René Guenon es formal a este respecto: *"El nombre de Melquisedec no es otra cosa que el nombre bajo el cual la función misma del "Rey del Mundo" se encuentra expresamente designada en la tradición judeo cristiana".* Este nombre tiene una relación cierta con el centro espiritual supremo, el Agarta. Además Guenon añade: *"La tradición judeo-cristiana distingue dos sacerdocios, uno "según la orden de Aarón", el otro "según la orden de Melquisedec"; y este es superior a aquel, como Melquidesec mismo es superior a Abraham, del cual nació la tribu de Levi y, por consiguiente la familia de Aarón".*

La superioridad del "orden de Melquisedec" sobre Aarón proviene del hecho que Melquisedec es el "Señor de la Paz y de la Justicia", es decir, que acumula el poder real y la autoridad sacerdotal, siendo a la vez rey y sacerdote. La Paz y la Justicia son, en efecto, los ideales respectivos de la autoridad espiritual y del poder temporal. El sacerdocio cristiano se identifica con el sacerdocio mismo de Melquisedec, siguiendo la aplicación hecha por el Cristo de uno de los Salmos: *"Tu es cucardas in aeternum sucundum ordinem Melchissedec".* es preciso relacionar con esto el hecho revelador de que Cristo nació de la tribu real de Judá y no en la tribu sacerdotal de Leví.

De todo esto desemboca que Cristo es al vez rey y Sacerdote, y también Profeta, ya que el Profeta es precisamente aquel que reune en sí poderes, el poder temporal o real (que corresponde a la realización horizontal que hemos evocado en nuestro análisis del simbolismo de la cruz) y la autoridad espiritual o sacerdotal (que corresponde a la extensión vertical). La dignidad crística es pues la del "Hombre Universal", a la que los musulmanes llaman precisamente el "Profeta". Esta dignidad es conferida al cristo, desde su nacimiento, por los enviados del Agarta que son los "Reyes Magos", de forma de Cristo es por esto mismo una representación del "Rey del Mundo" y el cristianismo una emanación perfectamente ortodoxa de la Tradición Primordial. A propósito de los "Reyes Magos", Guenon escribe: *"El Mahanga ofrece a Cristo el oro y lo saluda como "Rey"; el Mahatma le ofrece el incienso y lo saluda como "Sacerdote"; por fin el Brahatma le ofrece la mirra (el bálsamo de incorruptibilidad) y lo saluda como "Profeta" o Maestro espiritual por excelencia. El homenaje así rendido al Cristo naciente, en los tres mundos que son sus dominios respectivos, por los representantes auténticos de la Tradición Primordial, es al mismo tiempo, nótese bien, el signo de la perfecta ortodoxia del cristianismo respecto a ésta".*

CRISTIANISMO E INICIACION

Una doctrina no puede ser declarada verdaderamente tradicional, en el sentido superior del término, más que si ofrece también paralelamente a su simbolismo metafísico, una

vía iniciática que es al plano operativo y experimental lo que es el esoterismo en el plano teórico. para Guenon, no hay ninguna duda *"que la Iglesia cristiandad, en los primeros tiempos, constituyó una organización cerrada o reservada, en la cual todos no eran admitidos indistintamente, sino solamente quienes poseían las cualificaciones necesarias para recibir válidamente la iniciación bajo la forma que puede llamarse "crística"*.

Guenon no niega que los sacramentos que constituyen la base iniciática de la tradición cristiana hayan podido degenerar con el paso del tiempo para convertirse finalmente en simples ritos exotéricos. Algunos no han dejado de acusar a Guenon de mantener opiniones contradictorias. La objeción es sustancialmente la siguiente: es imposible que los sacramentos cristianos hayan tenido inicialmente y luego perdido su carácter iniciático, ya que este último es permanente e inmutable. Guenon refuta diciendo: *"Esta noción de permanencia del carácter iniciático se aplica a los seres humanos que lo poseen, y no a ritos o a la acción de la influencia espiritual a la cual estos están destinados a servir de vehículos"*.

Esta desaparición del carácter iniciático de lo ritos cristianos, esta exoterización de los sacramentos originalmente concebidos como los aspectos operativos, y experimentales del esoterismo doctrinal, todo esto forma parte del "descenso en este mundo" que han inspirado al cristianismo las condiciones del mundo occidental de la época. Es uno de los múltiples aspectos de esta adaptación ya evocada en varias ocasiones cuando hemos hablado de las contingencias del fin del ciclo, una de las formas de esta secularización deliberada y necesaria donde numerosos historiadores modernos, atribuyendo a otros su propia mentalidad e incapaces de juzgar el pasado de otra manera que a través del alambique del maquiavelismo moderno, han vislumbrado una maniobra política interesada.

Guenon les opone un punto de vista mucho más legítimo cuando escribe: *"Si se considera cual era, en la época en cuestión, el estado del mundo occidental, es decir del conjunto de países que estaban comprendidos en el Imperio romano, se puede fácilmente darse cuenta que, si el Cristianismo no hubiera "descendido" al terreno exotérico, este mundo, en su conjunto, habría sido desprovisto muy pronto de cualquier tradición, aquellas que existían hasta esa fecha y especialmente la tradición greco-romana que se había convertido naturalmente en preponderante, encontrándose en una degeneración extrema que indicaba que su ciclo de vida estaba a punto de finalizar. Este "descenso", insistamos otra vez, no era en absoluto en accidente o una desviación, y se debe por el contrario contemplarlo como provisto de un carácter verdaderamente "provisional", ya que evitó a Occidente caer desde ese momento en un estado comparable en suma al actual"*.

"Para darse cuenta que, en lo que podría llamar el segundo estado del cristianismo, los sacramentos no tienen ningún carácter iniciático y no son propiamente más que ritos exotéricos, basta considerar el caso del bautismo, ya que los demás dependen directamente de él. En el origen, a pesar de la "oscuridad" de la que hemos hablado, se sabe al menos que, para conferir el bautismo, se tomaban preocupaciones rigurosas, y quienes debían recibirlo eran sometidos a una larga preparación. Actualmente se produce todo lo contrario y facilitar en extremo la recepción de este sacramento, ya que no solo es administrativo indistintamente, sin que ninguna cuestión de cualificación y preparación se plantee, sino que incluso puede ser conferido válidamente por no

importa quien, mientras que los demás sacramentos no pueden ser más que administrados por sacerdotes, que ejercen una función ritual determinada".

Evola ha tratado también el caso del bautismo, en el marco de su análisis de la exoterización de los ritos iniciáticos, fenómeno que evalúa con mucho más pesimismo que Guenon. *"Si Guenon no ha visto la situación con tanto pesimismo se debe a un doble malentendido. Uno viene de lo que no ha sido considerado solamente iniciación en el sentido amplio y actual que acabamos de definir, y ha introducido la noción de una "iniciación virtual" pudiendo tener lugar sin ningún efecto perceptible por la conciencia y permaneciendo inoperante en la práctica como ocurre en la casi totalidad de los casos. El segundo malentendido procede de que Guenon ha supuesto que la fuerza en cuestión es realmente transmitida, incluso cuando se trata de organizaciones que en otro tiempo tuvieron un carácter auténticamente iniciático pero que han entrado desde hace tiempo en un proceso de extrema degeneración, hasta el punto de que se pueda suponer que el poder espiritual que albergaron en otro tiempo, se ha retirado, no dejando subsistir más que tras la fachada, un especie de cadáver psíquico".*

Al margen de estas divergencias superficiales, Guenon y Evola están de acuerdo, en profundidad, para reconocer, entre los múltiples aspectos del obscurecimiento de la conciencia esotérica cristiana, la exoterización de los ritos sacramentales. El bautismo les aparece a ambos como la ilustración más evidente de este fenómeno. De su significado original de "segundo nacimiento" reservado a élites de iniciados, el bautismo ha degenerado en ceremonia puramente formal con la que se celebra la llegada al mundo de cada uno, sobre una base absolutamente igualitaria. El concepto tradicional del "segundo nacimiento" encuentra su propio eco, bajo una forma netamente degradada, en los "ritos de tránsito" que los etnólogos y antropólogos modernos han constatado en el seno de sociedades primitivas, teniendo en cuenta que estos últimos no son el estado original y primordial de la humanidad, sino como lo ha señalado con precisión Joseph de Maistre, vestigios hiperdegenerados más que recordar en este terreno, el peligro inherente al empleo del adjetivo "primitivo", peligro debido a su carácter equívoco, ya que significa a la vez "degenerado" y "original". El "segundo nacimiento" no es más que el nacimiento espiritual, aquel que permite acceder a la "sociedad de los hombres" en el sentido superior del término (el Vir latino opuesto al Homo con que se designa al ser humano de manera indiferenciada), aquello que abre las puertas a la casta hindú de los "nacidos dos veces", los re-nacidos en la acepción etimológica del término (y señalemos de paso que su nombre mismo predestinaba a Guenon a ser el supremo "testigo de la Tradición" en el mundo moderno). En tanto el primer nacimiento -el biológico- es accidental y no puede conferir, sobre una base igualitaria que la dignidad a la cual tiene derecho toda criatura en tanto que entidad biosíquica, el "segundo nacimiento" -el espiritual- es el producto de una superación voluntaria de sí mismo y confiere la dignidad superior propia de toda verdadera aristocracia.

En el capítulo consagrado a las relaciones de la ética cristiana y de la metafísica del sexo, volveremos a la cuestión de la exoterización de los sacramentos evocando el caso del matrimonio, este "gran misterio" del que habla San Pablo y que también, ha degenerado en un simple formalismo social. pero anteriormente, estudiaremos el cristianismo bajo el ángulo metapolítico, y este estudio no dejará de tener relación con algunos aspectos del esoterismo cristiano anteriormente desvelados. Así la dualidad funcional del Cristo Rey y Sacerdote permitirá comprender la verdadera esencia del

gibelinismo, este florecimiento metapolítico del pensamiento medieval del que Evola y Guenon se han proclamado, cada uno a su manera, herederos.

CAPITULO III

EL CRISTIANISMO COMO FENOMENO METAPOLITICO: GIBELISMO, HERENCIA Y SIGNIFICADO

En uno de sus principales libros, Evola definió el gibelinismo como la afirmación doctrinal de la superioridad del poder temporal sobre el espiritual. Ataca la *"intentona teocrática guelfa"* de hundimiento de aquello que toma por el estado normal. Atribuye la querella entre el sacerdocio y el imperio al maquiavelismo de la Iglesia incapaz de soportar la presencia de una autoridad superior a la suya.

Evola estima igualmente que, para explicar el conflicto medieval de los guelfos y los gibelinos, es preciso remontarse hasta los orígenes del cristianismo y a sus relaciones con la Roma antigua. *"La decadencia interior y finalmente el hundimiento político de la romanidad antigua marcaron el fracaso del intento de conformar Occidente según el símbolo imperial. La penetración del cristianismo, en razón del tipo particular de dualismo que afirmó y en razón del tipo particular de dualismo que afirmó y en razón de su carácter de tradición simplemente religiosa, hizo progresar rápidamente el proceso de disociación, hasta el momento en que, tras la irrupción de las razas nórdicas, la civilización medieval tomó forma resurgiendo el símbolo del Imperio. El Sacro Imperio Romano fue Restauratio y Continuatio (...) su sentido final fue el de una recuperación del movimiento romano hacia una síntesis solar ecuménica, lo que implicaba lógicamente la superación del cristianismo y debía entrar en conflicto con esta hegemonía que la Iglesia de Roma reivindicaba sin cesar primeramente. La Iglesia de Roma no podía admitir en efecto que el Imperio correspondería a un principio superior a lo que representaba ella misma; a lo más intentó, en contradicción manifiesta con las premisas evangélicas, usurpar y absorber el derecho, y fue así como nació el proyecto teocrático guelfo"*. En los fragmentos que siguen, Evola enumera casos concretos en los que se manifestó bajo una forma represiva, este "intento teocrático": acusación de herejía interpuesta por el Papa Gregorio IX contra la Orden de san Juan (1238), condena de la Orden de los Caballeros Teutónicos por el obispo de Riga (1307), etc. *"Pero fueron los templarios quienes constituyeron el principal objetivo del ataque. La destrucción de esta Orden coincidió con la interrupción de la tensión metafísica de la edad media gibelina. este es el punto de partida de la ruptura, de la "decadencia de occidente"*.

Más tarde Evola admitirá que si el gibelinismo es de alguna forma un fenómeno supratradicional, su *"metafísica no dualista del* ***Imperium****"* está igualmente presente en

el cristianismo mismo, tal como lo testimonia la famosa frase de San Pablo: *"non est potestas nisi a Deo"*, y, de manera más perentoria aún, en este fragmento de la Epístola a los Romanos: *"qui resistit potetati, Dei ordinationi resistit"*. En estos criterios hay una concepción que reconoce, al menos, la existencia de una "influencia espiritual" ejercida sobre los detentadores del poder temporal. Esta "influencia espiritual" no es nada más que lo que las tradiciones musulmana y extremo oriental designan respectivamente por la **Barakah** y el "mandato del cielo". El rito de la "imposición de manos" a través del cual se transmite la **Barakah** corresponde exactamente al de la consagración de los reyes y emperadores tal como Occidente tradicional y cristiano, ha conocido. Pero la **Barakah**, al igual que el "mandato del cielo" puede perderse. La influencia espiritual no permanece si el detentador del poder temporal no es digno de su función. En su investidura como en su ejercicio, el poder temporal está sometido a la autoridad espiritual. El sacerdocio tiene la primacía sobre la realeza y evola, contrariamente a Guenon, invierte el orden normal de los dos poderes. tales son los datos del problema. Guenon y Evola)representan, respectivamente, el guelfismo y el gibelismo, o dos aproximaciones al fenómeno gibelismo de las que una -la de Evola- segrega, por su desviación misma, el *"intento teocrático guelfo"*?.

Existe una revelación evidente entre las consideraciones que vamos a emitir sobre el gibelinismo y el guelfismo, y las que hemos emitido relativas al tipo particular de dualismo introducido por la tradición cristiana en el marco general de la doctrina tradicional de las dos naturalezas. En tanto que propone la síntesis de dos poderes, su distinción implica necesariamente su común origen sobrenatural, el gibelismo es el reflejo político del dualismo distintivo propio de la ortodoxia tradicional. En cuanto al guelfismo, es el reflejo político del dualismo separativo que no es, hablando con propiedad, heterodoxo en relación a la tradición, pero que resulta de las condiciones cíclicas particulares en las cuales el cristianismo ha debido realizar su misión exotérica-social.

Igualmente existe entre el gibelismo y el guelfismo la relación de complementareidad -y no de oposición- que hemos establecido al hablar de las dos líneas de la tradición medieval, la vena tradicional y la vena católica. El gibelismo es la herencia política de la tradición, por la supervivencia de esta en el cristianismo y más particularmente en la doctrina paulista del poder. El guelfismo es el legado político del cristianismo institucionalizado bajo la forma eclesial y llamada ante todo a combatir en el mundo contingente los intentos usurpadores del poder temporal.

La oposición dialéctica del gibelismo y del guelfismo no puede explicarse más que por otro antagonismo que opone esta vez, en el interior mismo de la síntesis primordial y tradicional de los dos poderes, la autoridad espiritual y el poder temporal. Además de la distinción de dos elementos del mismo origen, toda síntesis postula la primacía de uno de los dos elementos constitutivos que de alguna manera es, para recuperar la expresión aristotélica, el "motor inmóvil" del otro. Es evidente que la síntesis de la autoridad espiritual y del poder temporal no es más que el reflejo, sobre el plano específicamente político, de la síntesis más general de los ideales de conocimiento y de acción, o si se quiere, de la indisociabilidad tradicional de las vías gnóstica y heroica, de acceso a la trascendencia. El conocimiento es perfectamente el "motor inmóvil" de la acción. La modalidad heroica de descubrimiento del supra-mundo no puede ejercerse más que a través de la modalidad gnóstica, de alguna manera en el segundo grado, sin que se confunda con la simple voluntad de poder material. Pues, en el interior de la síntesis

tradicional de los dos poderes, la autoridad espiritual tiene, en la perspectiva ideal, la primacía sobre el poder temporal. Si, conforme a la doctrina gibelina contenida en embrión en San Pablo, el poder temporal "viene de Dios" al igual que la autoridad espiritual, no puede tratarse más que de un origen sobrenatural en segundo grado. Solo la autoridad espiritual es depositaria del "mandato del Cielo" en primer grado, de una manera directa e inmediata que legitima su papel de "motor inmóvil" del poder temporal.

De todo esto puede concluirse que solo el gibelismo guenoniano es ortodoxo. la concepción evoliana del gibelismo es ya el producto de una inversión de la norma-tradicional. El pensamiento Evola es siempre un pensamiento gibelino en la medida en que afirma la fuente sobrenatural común a los dos poderes y su necesaria síntesis. pero es un pensamiento gibelino no ortodoxo en la medida en que invierte, en el interior mismo de la síntesis tradicional, la jerarquía normal de sus elementos constitutivos. Pensador gibelino no ortodoxo, Evola se encuentra, en relación al guelfismo, en la misma situación que los filósofos burgueses contemporáneos en relación al igualitarismo. Estos critican el igualitarismo mientras que son dialécticamente responsables por las lagunas mismas de su elitismo económico o, en el no menos detestable caso, social-darwinista. Es en efecto esta no ortodoxia misma del gibelismo, tal como lo concibió Evola, lo que alimenta el dualismo separativo guelfo. Pues, una vez invertida la jerarquía normal de los dos poderes, la potencia temporal no tarda en emanciparse de la autoridad espiritual. Se convierte entonces, no solamente legítimo el subrayar el origen diferente de los dos poderes, sino también necesario insistir en la primacía de la autoridad espiritual, a fin de reavivar entre los poderes de este mundo el sentimiento de la trascendencia y favorecer el retorno a la norma.

Para situar las cosas sobre el plano histórico y unir las consideraciones doctrinales expuestas anteriormente a los grandes protagonistas que marcaron con su huella la historia medieval, digamos que el gibelismo ortodoxo está enmarcado, sobre el plano imperial, por un Carlomagno, o sobre el plano de la nobleza francesa, por un San Luis, mientras que un Federico II, al que evola hizo referencia precisamente de forma muy significativa, encarna ya el gibelismo invertido. El hecho de que el vocablo "gibelino" sea tardío y contemporáneo precisamente al gran emperador suavo no constituye una objeción válida, pues es preciso ver de ello la expresión de la relación que, según el mismo Guenon, unió siempre la aparición de un calificativo al obscurecimiento del concepto que quería calificar. Así mismo la palabra "civilización" ha aparecido en el siglo XIX, es decir, en una época donde la **noción** de civilización se había perdido, igualmente se han comenzado a edificar teorías sobre la raza en una época donde la verdadera raza -la raza del espíritu, la raza interior- no vivía ya más que en una minoría de individuos frecuentemente los más marginados, o tal como se ha exaltado la ciencia a partir del momento donde había desaparecido o, más exactamente, desde que una seudo-ciencia *"analítica, microcóspica y cuantitativa"* reemplazó a la verdadera ciencia tradicional, *"sintética, macroscópica y cualitativa"* (Roger-Guy Dommergue), así, en el marco particular de la historia y del pensamiento medievales, el término Gibelino vino a enriquecer el vocabulario en un tiempo en el que su significado profundo se había ya ocultado considerablemente.

Digamos ahora algunas palabras sobre las relaciones entre gibelinismo y los "Fieles de Amor". A la manera de la caballería en general -de la que se tratará en el capítulo siguiente-, los "Fieles de Amor" proponen una concepción de las relaciones hombre-

mujer que repose, en el terreno erótico, sobre una inversión comparable a la que, en el terreno político, opera el gibelismo heterodoxo. Tal como veremos más adelante, la mujer es el "motor inmóvil" del hombre, mientras que, en una perspectiva tradicional normal, el hombre es el "motor inmóvil" de la mujer. Pues el conocimiento es el ideal masculino mientras que la acción revela una naturaleza en la que predomina el elemento emotivo tradicionalmente atribuido al principio femenino. Al igual que el gibelismo invertido encarnado por un Federico II, la doctrina de los "Fieles de Amor" y el culto caballeresco a la "Dama" permanecen inscritos en una dirección tradicional, pues la "voluntad de poder" coexiste siempre con el sentimiento de la trascendencia. La involución característica de la modernidad se inicia, sobre el plano político cuando el poder temporal se revuelve definitivamente contra el hombre sucumbe a la tentación del donjuanismo donde el "eterno femenino" es siempre el "motor inmóvil" del hombre, pero donde el hombre busca desesperadamente unirse a este "eterno femenino" cualitativo mediante una vana yuxtaposición de conquista puramente materiales.

Durante la mayor parte de su historia, la Edad Media occidental se caracterizó por una tensión metafísica hacia el gibelinismo bien comprendido. En la fase siguiente vio la luz una tensión dialéctica entre el gibelinismo invertido y la reacción guelfa deseosa de restablecer el equilibrio jerárquico entre los dos poderes. Por fin, el mundo moderno, antitradicional, ofreció una tensión dialéctica, esta vez disgregadora, entre un poder temporal cada vez más prevaricador y un guelfismo degenerado **ipso facto** en teocracia, cuya consecuencia más reciente fue el voluntarismo que proclamó triunfalmente la "muerte de Dios".

Tal es el significado profundo del gibelismo: la síntesis de la autoridad espiritual y del poder temporal, su común origen sobrenatural, una metafísica del **Imperium** en base a un dualismo distintivo, el equilibrio jerárquico de los dos poderes mediante la primacía del espiritual. Tal es su doble herencia en el marco del "tradicionalismo integral": de un lado el gibelismo ortodoxo de Guenon, de otro el gibelinismo invertido de Evola donde la primacía heterodoxa de lo temporal; instaurando **ipso facto** el juego de la alternancia dialéctica, segrega el dualismo separativo y la "intentona teocrática" guelfas.

HISTORIA Y REVOLUCION

Es preciso que regresemos ahora a la filosofía cíclica de la historia propia de la visión tradicional del mundo. la edad de oro y la decadencia son dos nociones axiales. Todas las civilizaciones y las sociedades de tipo tradicional se caracterizan por la nostalgia activa de un **illuo tempus** coincidente con el estado de perfección primordial de la humanidad. Su común tensión metafísica tiene por objeto la alta espiritualidad considerando que reinó en un tiempo mítico (**in illo tempore**) y en este espacio mítico que constituyen las dimensiones del Edén, las coordinadas del Paraíso, la Utopía verdadera.

Relacionado con el parágrafo precedente, creemos necesario introducir aquí dos nuevos desarrollos, uno relacionado con el sentido profundo de la utopía y del utopismo, el otro relativo a esta noción de **ilo tempus** a la cual ha recurrido especialmente Mircea Eliade para explicar la estructura mental de los pueblos "arcaicos" (la "arcaicidad" de Eliade equivale a la "tradicionalidad" de Evola y Guenon).

Según la distinción establecida por A. Cioranescu, el utopismo es una manera de ver las cosas y la utopía el género literario que deriva de esto, una mezcla de fabulación novelesca y de ensayo filosófico donde algunos escritores imaginan un *"país de ninguna parte"* (tal es el sentido etimológico de "utopía", del griego **ou- topos**). En la óptica tradicional, esto no quiere decir, sin embargo, que tal país no exista. existen en un mundo diferente del manifiesto, del físico y sensible. Es preciso buscar en otra parte, en un orden superior de realidad, a saber, en el orden metafísico. El utopismo no aparece como un ensueño abstracto e irrealista más que a condición de negar el principio tradicional de las dos naturalezas y la existencia de una realidad más allá del mundo visible y tangible. La definición que da Raymond Ruyer (*"el ejercicio mental de las posibilidades laterales"*) delata un prejuicio materialista en el sentido amplio del término. El utopismo es ante todo la búsqueda intelectual vertical del arquetipo. Escuchemos una vez más a Bernand Dubant: *"Conviene distinguir entre dos utopías: la utopía verdadera, el modelo eterno de todas las cosas, la Realidad misma, debe distinguirse de lo que se ha convenido en llamar en nuestros días "utopía"*. Existe pues un utopismo tradicionalista. Diremos incluso que el tradicionalismo es utópico por definición. Llegaremos incluso hasta hablar de un **utopismo de derecha**, en la medida en que solo los hombres de la Tradición son auténticamente hombres de derecha. El gran error de la seudo-derecha actual es abandonar a la izquierda el monopolio de la utopía. A través del mesianismo marxista, por ejemplo, se imagina en lucha contra la "metafísica destructiva". No combate en realidad más que la caricatura diabólica de la metafísica, su inversión irrealista, una forma completamente antitradicional de concebir el "bastidor del mundo" confundido con una onírica "sociedad sin clases", cuando no con el reino "rousoniano" del "buen salvaje". En lugar de dirigir contra este falso utopismo el utopismo verdadero de la Tradición, la seudo-Derecha le opone un pretendido "realismo" biológico, un **materialismo secundario**, coartada ideológica de privilegiados, cobertura de una "voluntad de poder" rebautizada como "subjetivismo heróico".

La disgregación sobre **illo tempus** será más breve. Nos limitaremos a subrayar el reflejo de esta referencia mítica tradicional en la narración bíblica que repite en numerosas ocasiones la fórmula *"**En aquel tiempo**, dijo Jesús a sus discípulos"*. El período de la predicación cristiana, los orígenes de la irradiación espiritual del cristianismo son asimilados a una nueva edad de oro en el marco de lo que hemos llamado *"la colocación en el abismo de la historia"*.

La nostalgia tradicional de la edad de oro se acompaña de la creencia en un *"deterioro continuo del universo"* (Guenon). La decadencia no es solo el destino de cada civilización. Es también la dirección histórica general del ciclo de la actual humanidad (el **Manvantara** hindú). El fin del ciclo actual coincidirá con el principio de otro ciclo inaugurado por una nueva edad de oro. También, como subraya Guenon, mejor vale hablar del fin de **un** mundo antes que del fin **del mundo**. Paralelamente a la visión de la decadencia como **sentido de la historia**, todas las tradiciones cultivan la esperanza de ver nacer una humanidad nueva sobre las ruinas de la antigua, por una especie de "retorno instantáneo" tal como evoca Jean Robin para describir el tránsito de un ciclo a otro. Así se aclara el significado del simbolismo cristiano relativo al "viejo hombre", utilizado para la decadencia, que debe ceder la plaza al "hombre nuevo" unido con la alta espiritualidad de los orígenes. Habida cuenta de las circunstancias históricas de su irradiación, el cristianismo, religión de fin de ciclo, tradición adaptada a la edad de hierro, exacerva normalmente este mesianismo que sin embargo, por naturaleza, un

fenómeno tradicional y donde cierta derecha cree ver una "subversión", bajo pretexto de que el marxismo lo ha recuperado bajo una forma laicisada. Es que la palabra "subversión" -al igual que la palabra "revolución"- no significa la misma cosa según sea empleada por un verdadero tradicionalista o por un moderno hombre de "derecha" o de "izquierda". Ha llegado el momento de precisar el sentido que damos a estas palabras.

La decadencia no es evidentemente un proceso histórico unilineal. Es -repitámoslo- una dirección global, un sentido general que resulta del enfrentamiento permanente de las potencias subversivas del caos y de las fuerzas revolucionarias del orden. Entendemos por "orden" el orden metafísico necesario y no el orden social contingente, la unidad edénica primordial y no las armonías fácticas del mundo material que no son más que los parabrisas manchados por el caos propicio a los privilegiados, las máscaras transparentes del desorden favorable a los que, gracias a sus recursos biológicos o económicos, pueden imponer su "subjetividad heroica". Para muchos hombres de "derecha" hoy, las palabras "subversión" y "revolución" se confunden y designan a las potencias que amenazan el orden social contingente. Para el tradicionalista, la Subversión es la tendencia histórica general (de ahí la mayúscula) que aleja a la humanidad de su estado original, de su condición anterior a la "caida". En cuanto a la revolución, es la tendencia histórica general opuesta, la que tiene por objeto el retorno a la norma, el restablecimiento del estado ideal subvertido por el "pecado original", conforme a la etimología de "revolución" (del latín **Re-Volvere**, volver yendo hacia atrás). De eso se desprende que el tradicionalismo es revolucionario por definición y, entre los múltiples testimonio de la esencia revolucionaria de la tradición cristiana, no citamos más que estas palabras de un profeta: *"Por ti serán reedificadas las antiguas ruinas, tú levantarás los fundamentos de las generaciones pasadas, se te nombrará reparador de brechas y restaurador de los caminos por la habitación".* Cuando un marxista se proclama "revolucionario", aun usurpando el adjetivo, lo hace de buena fe. Pues el mesianismo marxista preconiza efectivamente el retorno al estado normal y primordial de la humanidad. desgraciadamente, este estado es definido en términos de "sociedad sin clases", de "comunismo primitivo". El carácter antitradicional del marxismo deriva principalmente de esta materialización de la utopía que del mesianismo propiamente dicho. No es por ello menos temible y para evaluar el peligro que constituye conviene recordar la distinción guenoniana entre anti- tradición y contra-tradición.

Mientras que la Revolución se caracteriza por la **tensión metafísica** hacia la espiritualidad primordial, la Subversión lo hace por la **tendencia materialista**, secundaria o primaria. Pero la subversión comporta en sí misma dos fases: la **fase antitradicional** de negación pura y simple de la espiritualidad, y la **fase contradicional**, más sutil, donde el materialismo se acompaña de aquello que Guenon llama una "espiritualidad invertida", concepto bastante próximo a la "segunda religiosidad" spengleriana, parodia de la espiritualidad verdadera. El marxismo es comprensible solo como fenómeno contra-tradicional ofreciendo una curiosidad mezcla de materialismo (determinismo de la "infraestructura", lucha de clases) y de espiritualidad paródica (mesianismo de la reconquista de una edad de oro mal interpretada).

Veremos más adelante como algunos fragmentos de los libros sagrados hindúes profetizan con una extraña precisión, la disolución moral del **Kali-Yuga**, el abandono sexual de nuestra época; de la misma manera el cristianismo ha previsto el

advenimiento de la contradicción. así lo atestigua la predicción evangélica: *"Se alzarán falsos cristos y falsos profetas, que harán grandes prodigios y cosas sorprendentes, hasta seducir a los mismos elegidos".*)Cómo no ver en estas últimas palabras una profética alusión a la actual descomposición de una Iglesia fascinada por el marxismo?. Y Bertrand Dubant, criticando la aplicación del esquema hegeliano a la historia del cristianismo, tiene razón al escribir: *"El catolicismo no es una tesis: es una síntesis que lo abarca todo. A esta síntesis no puede oponerse una antítesis, sino un sistema que pretendería ser una síntesis equivalente o superior. A la universalidad verdadera parecen oponerse falsos universalismo".* En la primera fila de estos, figura el marxismo, que es en consecuencia vano el querer combatir en el nombre de un "diferencialismo" biológico cualquiera, dejándole el monopolio de lo universal. Solo puede dirigirse victoriosamente contra el seudo-universalismo de la izquierda la universalidad verdadera de la Tradición cuyo descubrimiento puede conducir a una exégesis tradicional del cristianismo. Aquí, y en ninguna otra parte, reside la condición **sine qua non** de una verdadera revolución espiritual europea.

LOS ERRORES DE UNA SEUDO-DERECHA

Haciendo pasar al cristianismo por una "revolución social" antes que por una revolución espiritual, la "nueva escuela" de "derecha" intenta prevenir contra el comunismo. En su prefacio a un libro de Louis Rougier, A. de Benoist escribe: *"M. Rougier mostrándonos lo que ha ocurrido, nos describe al mismo tiempo lo que nos espera".* Frase reveladora, como lo es, por otra parte la totalidad de esta obra, comprendido el prefacio. Se acusa al cristianismo de proceder directamente del judaísmo y en particular de la *"vieja tradición bíblica del desprecio a los poderosos".* Los profetas son denunciados como promotores pre-marxistas de una "exaltación sistemática de los humildes" y de una "revancha de los pobres". se acusa a los salmistas de haber embaucado y teorizado el principio de la lucha de clases. Tras este amasijo de anacronismos, adivinamos sin dificultad el escalofrío típico del intelectual conservador, la reacción atemorizada del privilegio ante el "gran fuego" que trae "a la tierra" toda forma de revolución verdadera, la que lejos de instaurar un igualitarismo, restablece, por el contrario, la "justa desigualdad" querida por Aristóteles.

Al igual que la revolución de izquierda, la Revolución de derecha postula, ciertamente, el combate contra ricos y el triunfo de los "pobres", pero con la diferencia capital de que la riqueza y la pobreza son contempladas menos en un sentido social que espiritual. Con esta última condición fórmulas como: *"Los últimos serán los primeros en mi Reino", o también: "Afortunados los pobres por que ellos entrarán en el reino de los Cielos"* y, de manera general, las afirmaciones paradójicas sobre las cuales se construyó el sermón de la Montaña. Para el tradicionalista -cristiano o no, y que es políticamente un revolucionario de derecha- la riqueza no se define en términos de pertenencia a una cierta clase económica, como una cierta posición en la esclala salarial. Es ante todo una actitud ante la vida, una cierta manera de utilizar las ventajas materiales -económicas pero también biológicas-, en este caso a fines de gozo y dominación, en una vana búsqueda de bienes de este mundo que se advierte incompatible con la riqueza esencial de la unidad interior. También la riqueza material es sinónimo de pobreza espiritual y la pobreza material sinónimo de riqueza espiritual (esquematización).

"Aquel que a hierro mata a hierro muere". Esta predicción evangélica, de la que Guenon recuerda su sentido profundo, puede aplicarse a la seudo-derecha de hoy e

ilustra maravillosamente esta "antiogénesis de fines" a la cual llevaré finalmente su acción. Acusando al cristianismo de "divorcio con el mundo", la seudo-derecha prueba su inaptitud para distinguir, conforme a la doctrina tradicional de las dos naturalezas. El mundo y **este** mundo (en árabe respectivamente **El-Alam** y **El Dunya**). Para ella, el mundo se limita al mundo de aquí abajo, al infra-mundo. No puede desde ese momento concebir más que las tradiciones, cristianas e hindú, por ejemplo, que lo asimilan a un "valle de lágrimas" y su travesía a un "viaje en la noche". pero esta negación del orden metafísico no podría constituir, en la economía general del ciclo actual, un desenlace. Alimenta a corto plazo la "espiritualidad invertida" de la contra-tradición y prepara a largo plazo, para una especie de justicia inmanente, de choque legítimo hacia atrás, la revolución inauguradora de una nueva humanidad.

"Quien no está conmigo está contra mí". Según A. Benoist, es *"la palabra clave (consigna) de todos los totalitarismos"*. Esto no es más que otro anacronismo. Una revolución que tuviera por referencia mítica la edad de oro en el sentido tradicional no podría ser totalitaria. El totalitarismo es un fenómeno típicamente moderno. Se produjo cuando la tensión revolucionaria tuvo (y tiene) por objeto, no la unidad integradora de las diferencias características de la espiritualidad primordial, sino la uniformidad bajo la égida de un elemento material hipostatizado: la economía en el marxismo, la raza en el nacional-socialismo. Dicho esto, sea un totalitarismo o no, toda revolución establece necesariamente una distinción rígida entre sus partisanos y sus adversarios, una línea de demarcación espiritual (en el caso de la revolución tradicional) o ideológica (en el caso de la revolución totalitaria) ante la cual desaparecen las pertenencias de orden naturalista a la patria o a la familia. Así se aclara el sentido de este fragmento de San Pablo: *"No hay ni griegos ni judíos ni esclavo u hombre libre"*. No hay más que cristianos y no cristianos. A la afirmación paulista de que el cristianismo es ante todo una patria ideal transcendiendo a las patrias históricas y carnales, hace eco este fragmento de san Mateo el cual esta vez cuestiona los lazos familiares: *"He venido a traer la división entre el hijo y su padre, entre la hija y la madre y se tendrá por enemigos a los de su propia casa"*. La reacción que tales propósitos suscitan entre los adeptos de la nueva "derecha" anticristiana atestigua como permanecen prisioneros de una "visión del mundo" particularista que acuerda la primacía a la contingencia de los lazos sociales y subordina los fenómenos culturales y religiosos a las exigencias del patriotismo y de la cohesión social. Frente a la necesidad de tomar partido y a la idea de no poder escapar, en un contexto revolucionario al etiquetaje ideológico, la seudo-derecha reacciona con una sensibilidad pequeño-burguesa que la vuelve tanto más vulnerable a la izquierda revolucionaria que ha sabido, a pesar de toda su interpretación contra-tradicional del "mito movilizador" de los orígenes, reafirmar, especialmente mediante el marxismo y el existencialismo sartriano, la noción de patria ideal.

Para terminar el presente parágrafo, una -muy- breve evocación del mito bíblico de Caín y Abel tal como ha sido respectivamente interpretado por Guenon y por la etimología moderna. Uno de los más célebres representantes de esta, Robert Ardrey, ha sorprendido en un libro significativamente titulado **Los Hijos de Cain** con una alabanza a la humanidad burguesa e industrial que habría puesto al servicio del "progreso" a su agresividad natal, "cicatriz genética" de su origen animal, "imperativo biológico" que debía regir toda la organización social. La muerte perpetrada por Caín sobre Abel simboliza la "selección natural", la eliminación del "buen salvaje" por la bestia de presa, la victoria de la humanidad depredadora, el triunfo del nivel cultural del estado de naturaleza. Esta pretendida "evolución" se traduce, entre otras, en la fundación de la

primera ciudad, atribuida precisamente a Caín en la tradición bíblica. En este nacimiento del sedentarismo ciudadano sustituyéndose al nomadismo pastoral, la exégesis tradicionalista ve al contrario una involución, en la medida en que la fijación material en el marco de la ciudad va pareja con una dispersión espiritual creciente, mientras que la dispersión material característica de la existencia nómada tiene por contrapartida la fijeza espiritual interior.

LA ESPADA PURIFICADORA

Los tradicionalistas evolianos niegan al cristianismo cualquier referencia a una forma de ética de la acción. Subrayan ciertamente el ideal guerrero de "impersonalidad activa" tal como aparece en la divisa de la Orden del Temple: **Non nobis domine, sed nomine tuo da gloriam**. De estos monjes-soldados San Bernardo había escrito en **De laude novae militiae**: *"se diría que toda esta multitud no tiene más que un solo corazón y que una sola alma, pues tanto se afanan, no en seguir su propia voluntad, sino en obedecer la voz de mando"*. Pero este heroismo les aparece como una supervivencia del **ethos** ario-romano, asimilado más o menos por el cristianismo, antes que como un producto intrínseco de este.

No faltan sin embargo pruebas textuales de lo contrario, desde la palabra del Apocalipsis según la cual *"El Señor aborrece a los tibios"* hasta el Evangelio de San Mateo donde estás escrito: *"Yo no he venido a traer la paz sobre la tierra, sino la espada"* pasando por la imprecación de Jeremías: *"Maldito quien hace débilmente la obra del señor. Maldito quien rechaza la sangre para su espada"*. Aquellos que condenan al cristianismo en nombre de una "espiritualidad pagana" de tipo heroico-guerrero prefieren poner de relieve citas tales como *"amar a los enemigos como así mismo"*. Pero omiten tomar tal cita en su sentido esotérico.

En el seno de cierta franja de la derecha anticristiana, donde se mezclan en ocasiones tradicionalistas evolianos y partidarios de la "nueva escuela", se cultiva una curiosa paradoja: se reprocha a la vez al cristianismo el promover una visión antiheróica del mundo y el ser impuesta en la historia mediante la violencia. Sin duda la violencia no es heroica por definición. No lo es más que cuando restablece un **orden metafísico necesario** contra las injusticias del **orden social contingente**, la "justa desigualdad", reflejo político del primero, en detrimento del elitismo depredador que caracteriza al segundo. Y tal es la violencia del cristianismo, como la de cualquier revolución que opere en una dirección tradicional. La espada traída a la tierra por Jesús es una espada purificadora que barre los fermentos de la decadencia espiritual y al abrigo de la cual los "hombres de buena voluntad" pueden reconstruir la edad de oro.

Con una mano el cristiano combate el reino del Mal. Con la otra edifica el reino de Dios. Por ello, para comprender la bella imagen utilizada en la Regla de los Caballeros de Nuestra Señora, el vigor del león que anima su brazo no iguala más que la dulzura del cordero que le inunda el corazón . La exigencia de justicia postula el vigor del león. El imperativo de la paz llama a la dulzura del cordero. paz y justicia: estos son los dos grandes ideales del cristianismo y, de una manera más general, del tradicionalista. Paz y Justicia: son los dos grandes atributos de Melquisedec, según el orden del cual hemos visto que Cristo ha sido consagrado. Es por ello que el Cristo es llamado "Príncipe de la Paz" y "Juez de los vivos y de los muertos".

La paz, en el sentido cristiano y tradicional del término no es el efímero y frágil concepto de coexistencia de intereses y de apetitos diversos a que se limita que la legalización del triunfo del más fuerte. Es al contrario sinónimo de unidad primordial reencontrada y ninguna aristocracia aparte de la del espíritu podría ser su ratificación política. tal es el sentido de la palabra de jesús: *"Mi Paz os dejo, mi Paz os doy"*. En uno de los números de la revista **Nartex**, que ya hemos citado en otras ocasiones, el llorado Jean Claude Cuin escribía: *"Así el aparente trastorno traído por la aplicación del Nomos no es verdaderamente un cambio; poniendo fin al cambio, parece cambiar alguna cosa, mientras que él es la estabilidad de todas las cosas: así el Cristo trayendo aparentemente la guerra, deja la Paz. Su tipo irradia en todos los soberanos guerreros conformes a la justicia, restableciendo, o más bien remanifestando el orden por la guerra santa".*

Transitoria y purificadora, la violencia cristiana y, por tanto, toda violencia ejercida en nombre de la Tradición, no se explica y no se legitima más que por la Paz y la Justicia que desea restablecer a largo plazo, conforme al orden verdadero subvertido por el "pecado original", cada vez más ocultos debido a la decadencia, y llamados a manifestarse al fin del ciclo y en el inicio del nuevo **Manvantara**. Es de la misma forma, conforme al mesianismo marxista y en la perspectiva de una nueva humanidad reintegrada: en el orden primordial, que el comunismo justifica a la vez la necesidad de la violencia en la lucha de clases y el totalitarismo "provisional" de sus regímenes. aquí se detiene la comparación. Hemos mostrado suficientemente que el "mito movilizador" marxista no es más que la inversión diabólica y caricaturesca de la edad de oro tradicional.

CAPITULO IV

ETICA CRISTIANA

Y METAFISICA DEL SEXO

EL AMOR CABALLERESCO

Bajo la perniciosa influencia del freudismo, somos hoy casi incapaces de contemplar la sexualidad de otra manera que como instinto generador de placer. Hablar hoy de "metafísica del sexo" parece pues, a la mayoría de nuestros contemporáneos, paradójico, es decir, absurdo, cuando no simplemente ridículo. La metafísica del sexo rechaza abordar el fenómeno sexual solo como instinto libidinógeno o como principio puramente biológico de procreación. A estas dos concepciones unifuncionales de la sexualidad, a estos dos reducciones, que más allá de su apariencia divergente, se confortan recíprocamente en favor del clima mental antitradicional propio del mundo actual, la metafísica del sexo oponen su concepción plurifuncional y totalista de la sexualidad, una concepción donde los diferentes aspectos del fenómeno sexual se organizan jerárquicamente y que culmina en el reconocimiento de su dimensión trascendente. El instinto sexual manifiesta por parte de los individuo diferenciados, la voluntad de encontrar la Unidad primordial, la síntesis totalizante de los orígenes, la **coincidentia oppositorum** cuyo reflejo mítico no es otro, en el caso que nos ocupa, que el famoso mito del andrógino evocado especialmente por Platón.

Una de las mayores preocupaciones de Evola fue el sistematizar, a la luz de los múltiples testimonios de las civilizaciones tradicionales, esta metafísica del sexo que ve en la unión del Hombre y de la mujer *"una obra de restauración andrógina"*. Guenon, por su parte no aborda la cuestión más que episódicamente y, frecuentemente, para subrayar el papel del amor en la iniciación heroico-guerrera y su lazo con la naturaleza emotiva propia del **Khsatriya**. Así se encuentra planteado el problema del amor caballeresco, cuyo análisis nos lleva a recordar la función histórica de restauración de la Edad Media cristiano occidental.

En reacción contra la tendencia naturalista de la Antigüedad decadente, la Edad Media rehabilita la espiritualidad en todas sus formas. Restaura el acceso a la trascendencia según sus diferentes vías: vía metafísica pura (la espiritualidad propia de la edad de oro) en sus modalidades gnóstica y heroica (Templarios, Ordenes Ascético-guerreras), la vía únicamente gnóstica, (ordenes monásticas, solamente contemplativas, centradas sobre el ideal del conocimiento antes que la acción), la vía propiamente guerrera (en el interior de la cual se sitúa el tipo caballeresco que contemplamos aquí) y la vía exotérico-religiosa (la de la Iglesia secular).

Conviene pues distinguir dos tipos de caballería: la **Caballería Espiritual** y la **Caballería Guerrera**. El ideal de la primera es la síntesis del conocimiento y de la acción, aquella es siempre el fin y esta el medio. Entre los miembros de la segunda, se

produjo ya una inversión de las relaciones normales de los elementos constitutivos de la síntesis primordial. La acción se convirtió en el elemento dominante, el fin, sin que podamos decir sin embargo que el conocimiento, hablando con propiedad, se convirtiera en medio. El conocimiento verdadero no puede ser más que fin. Solo puede convertirse en medio al servicio de la acción la modalidad religiosa de acceso a la trascendencia, la fe que recurre a la emotividad que, a su vez, provoca la aparición y vuelve necesaria la integración, en el circuito iniciático, del elemento femenino. La iniciación caballeresca, en el sentido puramente guerrero del término, es una iniciación específicamente adaptada a un tipo de hombre poco dispuesto para la contemplación y al cual su emotividad dominante vuelve a la vez sensible a la modalidad religiosa de descubrimiento de la trascendencia y vulnerable ante la fascinación inherente al poder femenino. Para este tipo humano se plantea el problema de la integración de los elementos de origen afectivo en su visión heroica de la vida. la fe y el amor están al servicio de la acción. Son erigidos en motivaciones supremas del heroismo caballeresco.

Evola consagra un capítulo entero de **Metafísica del Sexo** a los *"procesos de evocación en el amor caballeresco medieval"*. Trata abundantemente del culto a la "Dama", la "mujer del espíritu". escribe: *"Es en la imaginación que vivía y residía esencialmente esta mujer; en consecuencia, sobre un plano sutil es donde el caballero hacía actuar su amor, su deseo y su exaltación"*. Es solamente así como puede comprenderse todo lo que hemos explicado precedentemente, es decir que la mujer a la cual se consagrada su vida y por el cual se realizaba toda clase de empresas peligrosas, era frecuentemente elegida de tal manera que la posibilidad de poseerla realmente se excluía ya desde el inicio; podía también tratarse de la mujer de otro que no podía esperar poseerse, o podía ser una mujer inaccesible cuya "crueldad" fuera incluso aceptada y exaltada; podía tratarse también de una simple imagen que se formase sobre una mujer existente, sí, pero sin embargo, jamás vista (la "princesa lejana"). Sin embargo, esta mujer alimentaba un deseo y una incitación al servicio hasta la muerte a hombres que, como guerreros, feudatarios y caballeros, no estaban acostumbrados a contratiempos o renuncias y lejos de cualquier sentimentalismo. Bajo el nombre de **Donnoi** o **Domnei**, en algunos medios provenzales, fue exactamente entendida un tipo de relación erótica que, por principio, evitaba la posesión física de la mujer. En un grabado muy sugestivo de un manuscrito, el hombre simbólicamente tiene las manos atadas, y uno de los representantes de esta corriente dice: *"Aquel que quiere poseer enteramente a su Dama no conoce nada del **Donnoi**"*. En otros casos, se poseía y se tenía a una mujer, pero el objeto de tal **Eros** no era ella. De otro lado, como ya hemos dicho, aquí es preciso pensar en una voluntad tácita de evitar que las relaciones eróticas concretas marquen el fin o la crisis de la alta tensión interior despertada (tal como R.M. Rilke nota precisamente lo que se temía es que la acción de cortejar a una dama tuviera éxito); pero, por otra parte, como contrapartida objetiva de todo esto, se debe también pensar en los hechos que entran en lo que hemos llamado el régimen de la evocación de lo femenino en sí, de su absorción y de la integración con él sobre el plano superfísico, invisible. Estas son aproximaciones confusas si se quiere, a la posesión de la "mujer interior", paralelas a un impulso constante a la autosuperación (empresas heroicas, peligros, aventuras y todo lo que se hiciera casi fanáticamente por su "Dama").

Tanto los miembros de la caballería espiritual tienen una capacidad intrínseca de autosuperación, en la vía gnóstica del conocimiento como según la vía heroica de la acción, tanto la virtualidad trascendente de los adeptos de la caballería guerrera tiene, para actualizarse, necesidad de motivaciones extrínsecas, en la medida misma en que el

heroismo está disociado de la contemplación y donde el biopsiquismo de **Khsatriya** no encuentra más en el puro espíritu de su "motor inmóvil".

Estas motivaciones extrínsecas son dos: fe y amor. Su coexistencia y su común pertenencia a la esfera de las emociones, los sentimientos, la afectividad y los impulsos del alma, prueban que el ideal caballeresco así concebido se dirige a un tipo de hombre ya alejado del tipo superior original, producto de la disociación de la síntesis primordial, **Khsatriya** a partir de ahora ya desprovisto de cualquier elemento puramente bhramánico y guerrero cuyo generador para el despertar ya no es el conocimiento, sino sustitutos religiosos y eróticos a los cuales se confía el papel de "motor inmóvil", de "actuar sin actuar" tradicionalmente atribuidos al principio contemplativo.

El miembro de la caballería guerrera actúa en el segundo grado, a través de la tensión religiosa o erótica sin la cual su actitud de autosuperación no puede pasar de la potencia al acto. pero al menos no actúa por él mismo, bajo el imperio de una voluntad de vivir irracional que caracterizará al tipo del guerrero moderno situado al margen de cualquier principio religioso y de todo respeto hacia el elemento femenino. Es además poco antes de la aparición de este tipo de **condottiero** cuando nace el mito típicamente moderno de Don Juan. El donjuanismo es una variante erótica de la voluntad de poder, una aplicación sexual de la **Virtu** en el sentido dado por el "Renacimiento" italiano. Nadie puede dudar que ante el **Condottiero** o el **Burlador**, el caballero, incluso en el sentido guerrero del término, es un tipo humano superior. La concepción caballeresca del amor pertenece, hablando con propiedad, a una "metafísica del sexo", es decir, a una concepción tradicional, ya que la mujer y el amor son considerados al mismo nivel que la fe religiosa, como bases de un impulso trascendente. La decadencia no comienza verdaderamente más que cuando aparece lo que Evola llama la "biologización del eros".

BIOLOGIZACION DEL EROS

En el marco de la sociedad tradicional ideal, el amor sexual es vivido por cada uno como "obra de restauración andrógina", tensión hacia la Unidad primordial. Hasta en sus manifestaciones físicas, la relación amorosa es sacralizada. Esta sacralización se da a escala de la masa, lo que no impide sin embargo la existencia de una élite capaz de renovar contacto con la Unidad primordial por otras vías que la erótica: el conocimiento y la acción. La sexualidad es una apertura trascendente acordada al tipo humano no apto para realizarse interiormente según las modalidades superiores, gnóstica y heroica, de realización del ser. Las consideraciones que preceden implican inmediatamente la existencia de una jerarquía de tipos humanos. Pero esta jerarquía es considerablemente flexibilizada por el hecho de que los diferentes tipos humanos que la componen tienen en común su convergencia hacia la trascendencia, la cual constituye el fundamento de la solidaridad tradicional, más allá de la desigualdad cualitativa de los tipos y de sus vías respectivas.

La tensión metafísica propia de la espiritualidad de los orígenes -y, consiguientemente, de la sociedad primitiva tal como la representa el verdadero tradicionalismo- no tarda en relajarse. Los efectos de esta relajación se observan tanto a nivel de tipo humano superior como al del hombre ordinario y de su representación del eros. Paralelamente a la distinción, tras la separación de los ideales del conocimiento y de la acción, se produce la "biologización" del mismo eros confundido con el instinto de la reproducción. es la forma procreadora de la "biologización". En la segunda fase, el eros

es asimilado al instinto de gozo, a un principio de puro placer, a la **Libido** freudiana: es la forma hedonista de la "biologización".

Cuando se disocian, en el seno del tipo humano de élite los ideales respectivos de conocimiento y acción el primer paso de la decadencia es franqueado. La involución está en marcha desde el momento en que aparece el dualismo entre el **Bhraman** y el **Khsatriya**. La ruptura misma de la síntesis original condiciona el declive de sus dos elementos constitutivos ahora disociados. Privado del soporte de la acción, el conocimiento degenera en contemplación pura, en fe. Amputado de su fundamento intelectual, la acción se degrada en heroísmo guerrero, luego en "voluntad de poder". Durante un cierto tiempo subsiste, en el marco de un dualismo distintivo, el recuerdo de la fuente metafísica común a ambos ideales. Es la época donde la contemplación pura y el heroísmo guerrero coexisten pacíficamente y donde, así como demuestra el ejemplo de la Edad Media, no parece imposible, a escala restringida, la restauración de la unidad primordial del clérigo y del guerrero. Pero pronto apareció el dualismo separativo donde, el recuerdo de esta unidad primordial se había perdido definitivamente, el poder temporal de los guerreros en lucha contra la autoridad espiritual de los clérigos.

Es la revuelta de los **Khsatriyas** que denuncia Guenon. Un voluntarismo belicoso y depredador sumerge el mundo con tanto mayor fuerza en la medida en que los mismos **Bhramanes** ha perdido la tensión metafísica propia del ideal original del verdadero conocimiento y no oponen más energías al desencadenamiento de las pasiones mas que las vulnerables barreras de la devoción y la fe.

Semejante decadencia se cernía sobre la sociedad occidental desde el fin de la Antigüedad. Gracias a los fenómenos medievales nacidos del cristianismo, la caballería, en el sentido en que la hemos analizado precedentemente, poseyó una misión espiritual restauradora, ciertamente relativa e imperfecta ante el ideal o incluso, en una perspectiva histórica, ante un fenómeno restaurador como el templarismo, pero sin embargo indispensable y, por así decir, providencial, en la medida en que convenía salvar a Occidente de una degeneración comparable a la actual. Aunque encarnado un tipo de élite ya inferior a la aristocracia heroico-espiritual de los orígenes, el caballero mantuvo la mirada girada hacia la trascendencia. Al servicio de su autosuperación, puso las fuerzas potencialmente negativas del impulso devocional y de la pasión amorosa. también la integración de estos dos últimos elementos fue pareja a algunos acomodamientos que fundan,entraron la originalidad del clima mental de la caballería guerrera de la Edad Media. En el hecho de que, aun reclamándose de la cristiandad, la caballería no respetara algunos de los principios de base -y especialmente, como subraya Evola el principio evangélico de "No matarás"-, algunos han creido ver la hipocresía característica de las ideologías de clase dominante donde la pretendida élite se sitúa por encima de las leyes que, además, impone a la masa. Otros han aprovechado para insistir pesadamente sobre la incompatibilidad natural que existiría entre la moral cristiana primitiva y la ética caballeresca. esta sería, a fin de cuentas, el testimonio de la espiritualidad pagana mantenida viviente en la Edad Media que no tendría de católica más que el nombre. En realidad, la caballería, incluso la guerrera, es de origen cristiano, pues el ejercicio de cierta violencia purificadora no es incompatible con el cristianismo, y no es preciso ver en ello una "contradicción" sobre la base de hipocresía o inconsecuencia. En cuando a las formas más específicas de caballería espiritual (en primera fila de las cuales situamos al templarismo), se relacionan, mediante la tradición cristiana al tronco común de la Traición primordial, a la espiritualidad de los orígenes

que es una espiritualidad supra-tradicional y no una "espiritualidad pagana". Señalamos de paso la falta de propiedad de este vocablo para designar la espiritualidad primordial. Además de que denota un particularismo impregnado de anticristianismo, esta expresión contiene en germen el riesgo de una confusión entre los tipos de espiritualidad auténtica propios a las civilizaciones occidentales pre-cristianas (la Griega y la Romana, así como la civilización nórdico-germánica) y su estado ya avanzado de degeneración que constituye el paganismo en el sentido corriente del término. Para acabar con el presente desarrollo, recordaremos aún que el carácter supratradicional de un fenómeno como el templarismo es atestiguado pro la existencia de su exacto equivalente en otras tradiciones. Testigo de ello en la tradición islámica fue la Orden de los Ismaelitas, con la cual los templarios tuvieron además fructuosos contactos y que llevaba, también, el uniforme blanco y rojo.

Volveremos a la caballería guerrera y a su concepción del amor para constatar que existe una seudocontradicción análoga a la que algunos imaginan poder descubrir en la concepción caballeresca de la f. En su pusilanidad y su estrechez de miras, los modernos tachan de hipocresía suprema el culto a la mujer que excluya la posesión física. Esta aparente paradoja no se explica más que a la luz de las condiciones propias de un cierto tipo humano ligado a un momento dado de su ciclo. Para un guerrero cabido en la degeneración voluntarista pero que no ha perdido enteramente el contacto con la trascendencia -poco importa que este contacto relativo se establezca según las modalidades ya devaluadas de la espiritualidad de la edad de plata-, para este tipo de hombre, pues, el sexo es un obstáculo a la forma de "despertar" que es capaz de alcanzar, al igual que el miedo y la potencia material, como dice una máxima tradicional oriental. Para este tipo de hombre es necesaria pues la dolorosa elección entre la dispersión donjuanesca de una parte, a la cual predispone generalmente su naturaleza física pero que convierte en problemática, incluso imposible, cualquier búsqueda de orden espiritual y, por otra parte, el culto platónico de lo femenino en sí encarnado, por las necesidades concretas del heroísmo, por una "Dama" electiva que será generadora de "despertar" en la medida misma de su alejamiento corporal. Hay lugar a insistir en el carácter desgarrador y trágico de tal opción existencial a fin de que los modernos imbuidos de psicoanálisis freudiano no vean en el platonismo del amor caballeresco la coartada de la impotencia sexual, la excusa sublimadora de la frigidez, el refugio de aquellos que hacen virtud de la necesidad.

El amor caballeresco es al hombre de élite lo que el matrimonio católico es al hombre ordinario. Más adelante volveremos sobre la crítica que Evola realiza al matrimonio católico. Contentémonos por el momento con señalar que evola reprocha al matrimonio católico el favorecer la "biologización" del eros. En la concepción católica del matrimonio "no se ve ni se reconoce en el sexo ningún otro valor fuera del de la procreación", escribe. Añade que *"la vida sexual no está permitida a los católicos más que cuando toma la **forma social** del matrimonio, y únicamente en vistas a la procreación, en un régimen de uniones castas"*.

Es preciso aportar a este punto de vista una primera matización: incluso en el supuesto de que participara de la confusión entre el eros y el instinto reproductivo, el casamiento católico no sería menos un mal menor en relación al pansexualismo hedonista y libidinoso. Además la conyugalidad se acompaña de una glorificación romántica de algunos estados del alma -afección, ternura, etc.- difícilmente reducibles a una pura "biologización" del eros, pues estos estados del alma pueden, en ciertas circunstancias o

en una grave crisis interior, propulsar, a la manera de un trampolín, al individuo hacia la región espiritual superior donde el amor aparece, según expresión de uno de sus grandes conocedores, Jean Giradoux, como la "fusión de dos seres", el impulso que les hace decir uno al otro: *"Tu eres hueso de mis huesos, carne de mi carne, sangre de mi sangre"*.

No podemos comprender el desprecio que manifiestan algunos tradicionalistas integrales, generalmente de obediencia evoliana, respecto al romanticismo que se aureola con la concepción cristiana del amor. Su intolerancia en la materia dimana del hecho que se sitúan en la perspectiva normativa y absoluta de la "metafísica del sexo", sin tener en cuenta ni las condiciones cíclicas, ni situaciones existenciales, ni la continuidad que relaciona, a pesar de su jerarquía cualitativa, a los estados múltiples del amor. Muy curiosamente, estos anticristianos acusan al cristianismo de introducir un dualismo rígido entre el espíritu y la carne. En realidad, son ellos quienes introducen una dicotomía peor que todas las que jamás han podido concebir los católicos más limitados, ya que rechazan a la afectividad, las emociones, los sentimientos y, de manera general a los estados románticos del alma su función natural de fenómenos biopsíquicos transitorias a medio camino entre la amenaza de la "biologización" del eros y la perspectiva siempre posible de la reintegración espiritual.

Habida cuenta, de una parte, el carácter aleatoria de una reaparición de la metafísica tradicional del sexo en la sociedad moderna decadente y, de otra parte, la poca consideración de que son dignos, fuera de su valor de testimonio de una crisis, los fenómenos actuales como la sexualidad pandémica, la obsesión erótica y el donjuanismo desenfrenado, existe para el hombre de hoy tres maneras de pensar y de vivir el amor: el matrimonio burgués ("forma social" que ya hemos puesto de manifiesto en la precedente cita de Evola), el amor romántico y el amor caballeresco. Frecuentemente asociado a intereses económicos (la fortuna no debe "salir de la familia") o a un simple orgullo social (la supervivencia del "nombre"), la tendencia procreadora del matrimonio burgués, si no se acompaña de otra cosa se alinea sin duda en el concepto de "biologización" del eros. El amor romántico puede ser vivido en el interior del marco de la conyugalidad burguesa. Tal es la concepción cristiana que puede calificarse de romántico-burguesa y que es superior a la concepción burguesa pura y simple al igual que esta última es superior al mero pansexualismo hedonista. Pero el amor romántico puede también ser vivido fuera del contexto socio-conyugal burgués, en la medida precisa en que este no revista más que un carácter formalista. El amor caballeresco puede ser considerado como una especie de romanticismo superior cuyo carácter platónico de testimonio de una "metafísica del sexo" **En Potencia**. La potencialidad de reintegración espiritual del eros confiere a este tipo de amor una justificación frente a los imperativos de la pequeña moral utilitaria, social y familiar. Que esto no se convierta por tanto en una coartada susceptible de excusar cualquier relación extra-conyugal. En este terreno como en otros, hay dos maneras de superar lo que Evola llama el "burguesismo": por lo bajo y por lo alto. De un lado el amor **infra-conyugal** de los seductores de baja estofa y de los obsesos por el falo y la vagina. De otra el amor **supra-conyugal**, caballeresco o romántico, idealización platónica o el abrazo exaltador, culto lejano del eterno femenino o los encuentros cotidianos de amantes, admiración intelectual y estética o fusión palpitante de dos seres de huesos carne y sangre.

Una cierta "sociología de la sexualidad", en cabeza de la cual se encuentra Helmuth Schelsky, ha introducido en el fenómeno sexual una cuarta dimensión, la dimensión afectiva en el sentido biológico del término. A las tres funciones generalmente reconocidas por los sexólogos modernos inmunizados contra la perversión freudiana -la función hedonista, la función reproductora y la función emotiva- ha venido a añadirse la "función" de selección del partener". Esta escuela sociológica insiste en el fundamento estríctamente monogámico pretendidamente inherente a cualquier sociedad tradicional. Tal contra-verdad no puede explicarse más que mediante el deseo de revalorizar el matrimonio en tanto que cimiento social. La "nueva escuela" de derecha se ha apresurado a recuperar estas ideas, probando **ipso facto** que su objetivo verdadero es, bajo la cobertura de un tradicionalismo reconciliado con el espíritu científico, el reajuste de una ideología burguesa duramente sacudida por el marxismo y el izquierdismo. Pues su tradicionalismo reconciliado con el espíritu científico, el reajuste de una ideología burguesa duramente sacudida por el marxismo y el izquierdismo. Pues su tradicionalismo es de carácter sociológico y horizontal. La religión y el amor, los valores espirituales y morales, lo que un marxista llamaría la "super-estructura" es contemplada, no en la perspectiva absoluta, en su relación con el **orden metafísico necesario** sino en una óptica utilitaria, como consolidación virtual del **orden social contingente**, el de los privilegios de la fortuna y del **bios**.

UN "HIBRIDISMO" CIRCUNSTANCIAL

Julius Evola denuncia en la moral sexual cristiana un "hibridismo" que atribuye a la confusión de la vida ascética y de la existencia ordinaria, a la introducción, en el terreno de la vida cotidiana, y especialmente en el matrimonio, valores propios al terreno del ascesis. Ve en este "hibridismo", no solo el origen del "odio teológico del sexo" propio del cristianismo, sino también el índice de su ruptura con la visión tradicional de la sexualidad en la que las diversas expresiones no cristianas coinciden en trazar entre la vida ascética y la vida ordinaria una precisa línea de demarcación.

"Las religiones tradicionales con fondo creacionista siempre han reconocido dos leyes. Una concierne a la vida en el mundo concebido como obra divina, como cosa querida y conservada en su existencia por el Dios creador (por la divinidad según su aspecto de "creador" y "conservador": Brhama y Visnhú), y esta ley consiste, no en la negación sino en la sacralización de la vida en el mundo. La segunda ley concierne, por el contrario a la pequeña minoría de aquellos que tienen una vocación ascética, a los cuales es indicada la vía del distanciamiento, de la trascendencia (la vía de Shiva). Al contrario del hebraismo antiguo, del mazdeismo, del hinduismo védico, del mismo Islam, etc., el catolicismo ha confundido los dos órdenes y ha introducido valores ascéticos en los terrenos de la vida ordinaria; una de las consecuencias ha sido la condena del sexo, incluso un verdadero odio teológico por el sexo".

Evola añade: *"De una confusión del mismo tipo procede también la norma del celibato sacerdotal en el catolicismo: se ha confundido al tipo de sacerdote (al clero secular) con el del asceta (el monje)"*. Precisemos que este juicio no implica, por parte de Evola ninguna preferencia por el protestantismo donde, contrariamente a los sacerdotes católicos, los pastores pueden casarse. Evola estima, en su conjunto, al protestantismo, no como una "transformación ascética", sino como una "represión puritana" de la energía sexual. Recuerda también que, contrariamente al catolicismo, el protestantismo

considera la tendencia del hombre hacia la sexualidad, no como uno de los efectos del pecado original, sino como su causa principal.

A la minoría de los que poseen la vocación el cristianismo deja abierta la "puerta estrecha" de la "transformación acética" de la energía sexual. San Mateo habla de los que "se han hecho eunucos a causa del Reino de los Cielos". Y añade: *"Que quien sea capaz, lo sea"*. En San Lucas se lee: "Los hijos de este mundo esposan, las hijas se casan. Pero aquellos que son dignos de obtener la resurrección de los muertos, no esposan jamás; a fin de que no mueran y sean semejantes a los ángeles". Algunas palabras de San Mateo nos recuerdan el mito del andrógino: *")No sabéis que en el origen Aquel que creó todas las cosas, creó al hombre macho y hembra? Y que* ***El*** *dijo: a causa de esto el hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y ambos se convertirán en una sola carne. Por ello que el hombre no separa lo que Dios une"*. Comentando este fragmento Evola admite: *"Rigurosamente, estas palabras harían concebir la unión de los sexos como una obra de restauración andrógina y es en estos términos como se justificaría; la última frase, antes de referirse a la indisolubilidad del matrimonio como hecho social, podría incluso remitir a la doctrina profesada por Escoto Erígena, es decir, que la separación de los sexos no es más que un hecho humano que concierne exclusivamente al ser originario caído"*.

Estos diversos ejemplos demuestra suficientemente la conformidad de la concepción cristiana de la sexualidad en relación a los datos tradicionales de la "metafísica del sexo". La pretendida confusión entre la vida ascética y la vida ordinaria no es en realidad más que un aspecto entre otros del "descenso" exotérico convertido en necesario por el estado degenerativo del mundo de la época y la voluntad de ahorrarle una precipitación prematura, general e irreversible en el caos. El "hibridismo" antes mencionado es un "hibridismo" de circunstancia. Si existe "odio teológico hacia el sexo", no está en la esencia misma del cristianismo tradicional, sino en su adaptación accidental a las condiciones de la edad de Hierro.

Otras doctrinas tradicionales han indicado vías específicamente adaptadas a la decadencia que preveían y al estado acentuado de degeneración propio al **Kali-Yuga**. Nos detendremos algo sobre la vía del **Tantra**, emanación del hinduismo, por que se refiere particularmente a la actitud que conviene adoptar, en los períodos de extrema decadencia, frente al problema sexual.

La vía tántrica parte del principio que el sexo es una de las más temible potencias de disolución pero concluye que, por esta razón incluso y habida cuenta del imperio que ejerce sobre el mundo decadente, sería un error reaccionar contra él mediante una "represión" puritana. Es preciso, por el contrario, lanzarse a fin de probarlo, practicar una especie de homeopatía interior, cambiar el veneno en remedio, actuar de tal manera que el elemento inicialmente disolutivo se convierte finalmente en la condición del "despertar". La máxima "**Cabalgar al tigre"** resume bien esta aptitud. El tigre simboliza las fuerzas disolutas. Antes que intentar vanamente cerrarle el paso, es preciso montar sobre él, cabalgarlo hasta que al final se agota. Tal actitud comporta evidentemente un enorme riesgo. Es por ello que otra máxima oriental habla de un *"caminar sobre el filo de la navaja"*. La vía tántrica propone la peligrosa opción que consiste en agotarse en sí mismo, con el riesgo de perderse definitivamente, basculando sobre la sexualidad, tradicional obstáculo de realización del Ser cuya potencia disoluta es aún acrecentada por las condiciones históricas y por encima del cual se trata de

encontrar un nuevo espacio libre, un nuevo horizonte mental propicio para la autorrealización interior.

En tanto que homeopatía interior y a título puramente individual, la vía tántrica es completamente aceptable. Se deja a la conciencia individual del **Tantrika** el cuidado de discernir, con toda lucidez, si posee el temperamento aventurero necesario para tal práctica y si esta práctica no es una coartada destinada a esconder costumbres disolutas. Nadie duda que existe desgraciadamente, entre las "tradicionalistas integrales" adeptos a la vía tántrica del "cabalgar el tigre" aplicado a la sexualidad, gentes que utilizan el tantrismo para entregarse, en una perspectiva exclusivamente hedonista, a experiencias sexuales de grupo y otras experiencias típicas de la modernidad occidental más "avanzada".

La ola, relativa pero sin embargo reveladora, del tantrismo en los medios "tradicionalistas integrales" no es ajena a cierto snobismo anticristiano. El **Tantrika** occidental moderno se otorga gustoso una superioridad natural decisiva sobre aquel que sigue las vías cristianas del ascesis, del amor caballeresco o del matrimonio teñido de romanticismo. La elección dependería del "temperamento". Ya hemos rechazado este argumento mostrando que el culto platónico a la "princesa lejana" no es un sustituto imaginario a la impotencia. El cristianismo sería misógeno. Y se exhuma el **tota mulier in utero** de los Padres de la Iglesia. Se señala la comparación establecida por Santo Tomás de Aquino entre la mujer y la cloaca. El tantrismo sería una vía revolucionaria, en oposición a la vía reaccionaria del cristianismo.

La verdad es que todas las tradiciones han, conforme a su enseñanza cíclica de la historia, previsto los aconteceres del **Kali-Yuga**, la degeneración de la edad de hierro, la época de la disolución sexual que no es más que un reflejo entre otros de la decadencia. existe sobre este último punto una alusión explícita en el estracto del **Visnhu-Purana** que Evola incluye en el apéndice de **Rivolta contro il Mondo Moderno** y, de manera más general, una concordancia significativa entre las palabras evangélicas que anuncian el advenimiento de los "falsos profetas" y los textos sagrados de la India que predicen otras catástrofes de la "edad oscura", como que *"las mujeres no obedecerán a los marido y a los padres, serán egoistas, abyectas, mentirosas y se entregarán a una vida disoluta. Se convertirán en un simple objeto de satisfacción sexual"*. Como se ve el cristianismo no tiene el monopolio de la misoginia. El tantrismo no tiene tampoco nada de "revolución". Se trata, en el mejor de los casos, de una misoginia muy relativa, en absoluto inherente a la tradición de la "metafísica del sexo", no despreciando a la mujer en sí, sino lo que se ha convertido bajo presión de la decadencia. La verdadera crítica tradicionalista debe también rendir cuenta de la decadencia del hombre. Evola la resume en un doble proceso de **femenización de la espiritualidad** y de **materialización de la virilidad**. Aunque suscribamos este análisis no nos es posible desarrollarlo aquí. En cuando a la revolución, en su acepción etimológica de **retorno a la norma**, es el objetivo final común al tantrismo y al cristianismo ambos comprometidos en el combate contra un mundo de disolución en el que, por culpa de la mistificación del pansexualismo freudiano, la obsesión del eros llega incluso hasta a erigirse en ideología. Común es el fin, divergentes son los métodos. la vía tántrica (que se llama igualmente "vía de la mano izquierda") no es intrínsecamente superior a la vía cristiana ("vía de la mano derecha"). Si fuera preciso establecer una jerarquía entre ambas vías, la vía cristiana posiblemente llevaría la delantera, pues, aproximándose a una dimensión heroica (incluso en el heroismo cotidiano que consiste en mantener una familia y educar

a los hijos), no comporta el peligro inherente a la vía tántrica en la que incluso cuando se reduce a una simple homeopatía individual, el sujeto es susceptible de ahogarse en el torrente siempre más impetuoso de la disolución y de perderse en cuerpo y alma.

EL MATRIMONIO CATOLICO

El "hibridismo" denunciado por Evola en la concepción cristiana de la sexualidad afecta igualmente, según nuestro autor, de forma particular, a la doctrina católica del matrimonio. Evola descubre una lamentable mezcla de "sagrado y profano" y un "conformismo burgués" que, apoyándose sobre una fachada de indisolubilidad hace del matrimonio una especie de "barniz puritano de algo así como un sistema de alta prostitución o un amor libre legalizado". La crisis del matrimonio está estrechamente ligada a la de la familia. *"En realidad, en la gran mayoría de los caso, la familia de los tiempos modernos es una institución de carácter pequeño-burgués, casi exclusivamente determinado por factores naturalistas, utilitarios, primitivamente humanos y, en el mejor de los casos, sentimentales".*

La "mezcla de profano y sagrado" se desprende del hecho que el catolicismo aplica a no importa que pareja, en tanto que el hombre y la mujer se casan por la Iglesia, el carácter trascendente que puede revestir, solamente en casos excepcionales, el matrimonio en su concepción tradicional, este "gran misterio" del que habla San Pablo y a base del cual puede encontrarse *"esta entrega absoluta, casi heroica, de una persona hacia la otra, en la vida y más allá, que fue conocido en más de una civilización tradicional, donde hubo incluso ejemplos de esposas que encontraron natural morir junto a su marido".* Un poco más adelante Evola añade: *"Es preciso notar, por otra parte, que en el mismo catolicismo, en razón de un bajo nivel evidente, el carácter teóricamente absoluto del casamiento-rito ha sido restringido en una medida no desdeñable. Basta recordar que la Iglesia, que no admite que exista al divorcio y el nuevo matrimonio, acepta sin embargo, que viudos y viudas se vuelvan a casar, lo que equivale a una infidelidad y no se concibe, en rigor, más que si se parte de premisas abiertamente materialistas, es decir, solamente si se piensa que la muerte hace desaparecer la potencia sobrenatural del rito y el vínculo con la persona a la que se estaba indisolublemente ligado. esta incoherencia es uno de los rasgos que muestran que la ley religiosa católica, lejos de contemplar verdaderamente fines espirituales y trascendentes ha hecho de los sacramentos simples elementos sociales de la vida profana, reduciéndolos así a una pura formalidad, o bien degradándolos".*

El resto de la crítica de Evola al matrimonio que Julius Evola desarrolla en **Cabalcare la Tigre** no se distingue prácticamente de la argumentación que utiliza en **Metafísica del Sexo**. El fragmento que entresacamos, y en el que hemos subrayado las frases más importantes así lo atestiguan: *"Se sabe que el catolicismo y el cristianismo se caracterizan por una oposición entre la "carne" y el "espíritu", por una especie de* ***odio teológico al sexo*** *que procede de lo que se ha extendido ilegítimamente a la vida ordinaria: un principio válido, ante todo, para un cierto género de* ***vida ascética****. El sexo es considerado, en tanto que tal, como una mancha, el casamiento concebido como el mal menor, como una concesión hecha a la debilidad humana en favor de quien no sabe elegir como norma de vida la castidad, la renuncia al sexo. No pudiendo hacer caer la anatema sobre toda la sexualidad, el catolicismo intentó reducirla, en el casamiento, al hecho biológico banal, no admitiéndolo entre esposos más que* ***con el único fin de la procreación"***. Señalemos que entrever el matrimonio como "mal

menor" en relación a la disolución sexual, como dique moral preventivo contra la tendencia al placer, como barrera garantizadora del alejamiento de la tentación libidinosa, corresponde exactamente al punto de vista de San Pablo, a su doctrina del **Matrimonio Profiláctico** especialmente expuesto en la Primera **Epístola a los Corintios**.

Ha llegado el momento de concluir el presente capítulo y resumir nuestra posición sobre la cuestión, más allá de las consideraciones emitidas por nuestros dos autores y, en particular, por Evola. La concepción cristiana de la sexualidad y del matrimonio se refiere incostestablemente, por lo esencial, a lo tradicional "metafísica del sexo". De los Evangelios de Lucas y Mateo a escoto Erígena, pasando por San Pablo, hemos evidenciado testimonios irrefutables en cuanto a la concepción cristiana de la sexualidad y del matrimonio como una "unión sagrada" reproductora de alguna manera de la fusión original del hombre y de la mujer en la unidad andrógina. Sin embargo, habida cuenta de las condiciones de fin de ciclo en las cuales ha aparecido y los tipos humanos ya decadentes a los cuales se ha dirigido, el cristianismo ha propuesto, junto a una interpretación metafísica de la unión sexual y conyugal, vías sociales y existenciales que forman parte de su providencial adaptación exotérica, de su necesario descenso en este mundo, de la misma forma que, sobre el plano filosófico, el dualismo separativo que sustituyó al dualismo distintivo tradicional (la "doctrina de las dos naturalezas") y, sobre el plano político, la doctrina guelfa de la separación de los poderes que opuso a la teoría gibelina de la distinción de poderes postulando a pesar de todo el origen común divino de la autoridad espiritual y del poder temporal. La doble doctrina paulista del casamiento-rito (el "gran misterio") y del casamiento profiláctico (el "mal menor") da testimonio, en el cristianismo de los orígenes, de la coexistencia de los niveles esotérico y exotérico. En este estadio de su desarrollo, el cristianismo realizó siempre su doble misión de restauración tradicional y de freno provincial contra la decadencia. Será así como en la Edad Media y hasta ese momento, donde renació, a través de fenómenos como el templarismo, la espiritualidad primordial unificadora de los ideales de contemplación y acción y, donde, mediante el amor caballeresco, la puerta de la sacralización del sexo permaneciendo abierta al mismo guerrero tentado por el voluntarismo del "poder" en el sentido moderno del término. Luego, la conciencia esotérica del cristianismo se oscureció y no subsistieron más que los restos esotéricos de la tradición original, a saber, en el terreno particular de la ética sexual, el casamiento como lazo social y factor de procreación, teñido, en el mejor de los casos, de romanticismo.

En reacciones a una cierta intransigencia relativa a esta cuestión y que reina sobre todo en los medios evolianos, nos permitimos insistir sobre el hecho de que incluso el matrimonio burgués con fines sociales, profilácticos y de procreación no es algo malo en sí desde el punto de vista tradicional. Lo que es negativo y por llamarlo de alguna manera, antitradicional, es su absolutización, el hecho de que no coexista, en tanto que vía existencial reservada a un cierto tipo humano, con otras vías (ascesis o amor supra-conyugal) reservadas a otros tipos humanos. Es entonces únicamente, en la medida en que es hipostatizado que el matrimonio se convierte en "burgués". Sería absurdo sostener que el matrimonio es un fenómeno "burgués" por esencia. Para casarse, los hombres y las mujeres no han esperado al siglo diecinueve, época en la que puede considerarse definitivo el triunfo del "burguesismo" como mentalidad dominante. El "burguesismo" consiste, sobre el plano de la ética sexual, en la absolutización del matrimonio como elemento de cohesión familiar y social, profilaxis contra los excesos

eróticos (a fin de no desviar la energía masculina de su fin principal: el éxito financiero y profesional) y medio de salvaguardar el nombre y la fortuna mediante el instinto biológico de la reproducción. Todo esto es paralelo a la absolutización, sobre el plano más general de la concepción del hombre, de la "función productiva" que constituye, junto con la "función guerrera" y la "función sacerdotal", el marco trifuncional propio de las sociedades tradicionales. de hecho, el matrimonio, como fenómeno naturalista, utilitario y repartido ? es un ideal de productor, el ascesis y el amor caballeresco son antes bien los ideales respectivos del "hombre del conocimiento" y del guerrero. La mentalidad tradicional no niega el matrimonio como ha sido definido antes. Le añade otras concepciones del amor, como por ejemplo la posibilidad de renunciar pura y simplemente, por que su amplitud de renunciar pura y simplemente, por que su amplitud de perspectiva le permite abrazar por el pensamiento la pluralidad de los tipos humanos que puedan existir sobre la superficie de la tierra. El verdadero pluralismo es el pluralismo tradicional y no el pseudopluralismo liberal y, precisamente "burgués", que distinguiendo las diferencias de superficie, crea la ilusión de la pluralidad y enmascara su profunda tendencia a reducirlo todo al factor económico, su fundamento íntimo que es el totalitarismo de la función productiva. Tradicional es el ideal del matrimonio al nivel de la función productiva, y del tipo humano que le corresponde. tradicional es también el amor caballeresco que integra la fe religiosa y el culto platónico al eterno femenino en la visión heroica de la vida. Tradicional es por fin el ideal del ascesis, condición del "despertar" y del conocimiento verdadero. Tradicional es, sobre todo, la contemplación simultánea de estas diversas actitudes que convergen solidariamente en la construcción de toda sociedad normal. Antitradicional es la pretensión de erigir una de estas actitudes en imperativo categórico. Antitradicional la negación burguesa de cualquier vía extra-conyugal. Antitradicional la burla con que ciertos pseudo-tradicionalistas cubren el matrimonio y la familia. En cuanto al romanticismo, no es una simple "cobertura" del matrimonio burgués, una "superestructura" en el sentido casi marxista del término que emana del fundamento económico propio a la conyugalidad burguesa.)Cómo podría ser de otra forma, pues como así lo muestra Denis de Rougemont, gran exégeta de los "mitos del amor", este se ha definido, a través de todo el amor occidental, de tristán a Madame Bobary, contra la institución del matrimonio? Pues, como muchas gentes creen bajo el imperio de una deplorable confusión, romanticismo no es sinónimo de cursilería. Forma también parte del romanticismo esta grandiosa e irresistible atracción que poseen los amantes a perderse uno en el otro, en ocasiones incluso uno con el otro, cuando unidos hasta la muerte, se convierten en lo que se llama comunmente "amantes trágicos", fórmula impactante para diarios sensacionalistas que han olvidado el sentido superior, eminentemente tradicional. nada tiene de extraño que una fórmula así de amor se haya definido frecuentemente contra el matrimonio, en la medida misma en que este no era más que un matrimonio "burgués".

CONCLUSION

El cristianismo forma parte indudablemente de la tradición primordial y universal, síntesis anticipada de todas las tradiciones particulares cuya aparición es, conforme al simbolismo de la Torre de Babel, la primera forma de dispersión de la Unidad en lo múltiple.

El testimonio más definitivo de esta pertenencia es la concordancia entre numerosos mitos y símbolos no cristianos y numerosos signos -representativos o numéricos- cristianos que sirven de soporte a su visión del mundo.Hemos escrito: "no cristianos", preferentemente a "pre-cristianos", a fin de no inducir al lector a error y no sugerirle esta interpretación historicista corrientemente extendida según la cual el cristianismo habría "copiado" a las religiones precedentes. La concordancia significativa antes mencionada no resulta de "imitaciones" o "asimilaciones". Se desprende antes bien de una común conformidad de todas las tradiciones particulares en relación a la tradición universal que le es a la vez anterior en el desarrollo general del ciclo y superior sobre la escala de la esencialidad.

A la tradición universal y primordial corresponde la Edad de Oro, el paraíso que inaugura cada Manvantara, el Edén que, en lo que se refiere al ciclo actual, marca el inicio de **nuestra** humanidad, a la que Jean Phaure llama "humanidad adámica". Es sin embargo impropio evocar la Edad de Oro en términos de localización espacio-temporal, pues hablando con propiedad puede decirse que está "fuera de la historia". El "pecado original" no es nada más que la ruptura con este estado de intemporalidad, ruptura instauradora de una decadencia que, por analogía con el principio físico de la caída de los cuerpos, no puede más que irse acentuando y cuyo punto de partida es *"la caída en el tiempo"* (Emil Cioran).

La espiritualidad que caracteriza a la Edad de Plata está ya marcada por un cierto número de **tensiones dialécticas** que derivan en línea directa de la ruptura de la Unidad primordial. Mencionamos, por ejemplo, el conflicto naciente entre la autoridad espiritual y el poder temporal, que no es en sí mismo más que el reflejo político de un antagonismo más amplio que opone la modalidad gnóstica de acceso a la trascendencia (vía del conocimiento) y la modalidad heroica de descubrimiento del "supramundo" (vía de la acción). La espiritualidad propia de la edad de plata deja sin embargo subsistir una **tensión metafísica** hacia la Unidad primordial. También las civilizaciones y las sociedades que inunda con su luz tienen siempre un carácter profundamente tradicional. La antitradición no triunfa más que en la mentalidad típica de las edades de bronce y de hierro de **tendencia materialista**, antes de revestir, en el marco de la contra-tradición, la equívoca aparecía de un universalismo que no es más que la inversión diabólica, paródica y caricaturesca de la universalidad verdadera.

En el caso particular de la tradición cristiana contemplada como portadora de una espiritualidad típica de la edad de plata, la tensión metafísica hacia la "condición anterior a la caída" se convierte en una tensión revolucionaria, en el sentido propio del

término, habida cuenta de las condiciones cíclicas de su aparición, en la misma medida en que ésta coincide con el fin de un mundo e **ipso facto**, con el advenimiento de la nueva humanidad. Así se explica el mesianismo cristiano, este profetismo de la reintegración espiritual que el marxismo ha recuperado parodiando su sentido profundo.

Las condiciones cíclicas de aparición del cristianismo explican igualmente su "descenso en este mundo", esta intervención provindencial de Dios en la historia de una humanidad decadente, esta necesaria exoterización destinada a reunir en el "arca" redentora a los "elegidos" dignos de escapar al nuevo e inminente diluvio.

Es a este nivel se sitúa el error que motivó la incomprensión de Evola respecto al cristianismo. Inútil es recordar que esta incomprensión procede al menos de un punto de vista tradicional que no tiene nada que ver con la odiosa intolerancia "anticristiana" de algunos modernos, especialmente de aquellos que se dicen de "derecha". En Julius Evola subsiste una perspectiva particularista, ligada a su temperamento de **Khsatriya**, que le impulsó, tanto a tomar la adaptación exotérica de la tradición cristiana por su esencia profunda, como a sucumbir a la tentación historicista, especialmente visible cuando ve en la grandeza medieval el resultado de una "asimilación", por parte del cristianismo, de elementos de la "espiritualidad pagana", o a hipostatizar tipos particulares de espiritualidad: religión romana, religiones indo-europeas, religiones de la "Luz del Norte". Todo esto atestigua un punto de vista contrario en esta materia a la serenidad de René Guenon, metafísico realizado, testimonio privilegiado de la Tradición.

Evola reprocha, entre otras cosas, al cristianismo el haber introducido valores ascéticos en la vida ordinaria. Se trata menos de una inconsecuencia que de una necesidad dictada por el hecho de que, en el estado de extrema degeneración de nuestra humanidad de fin de ciclo, los "elegidos" -aquellos que son capaces de franquear la "puerta estrecha"- no están más ligados entre sí que por una cadena espiritual invisible, mientras que anteriormente, en estados menos pronunciados de involución, el lazo espiritual en cuestión se materializaba en la organización social, especialmente en la casta. Es en la misma orden de ideas que el cristianismo ha criticado la noción de Patria, en el sentido accidental del término, y ha preferido la de **patria ideal**, a la cual se accede, no por la casualidad del nacimiento (no se **nace** cristiano, sino que se **llega** a ser cristiano), sino por una relación espiritual voluntaria de la que el bautismo, en su acepción esotérica de "segundo nacimiento", constituye en principio la ratificación espiritual. Los "elegidos" estando diseminados en todas las razas, las naciones y las capas sociales, su reunión en la nueva "arca" postula el "descanso" de la tradición cristiana al siglo de la "consumación".

La función transitoria del cristianismo -entre el **Kali-Yuga** del ciclo actual y el nuevo paraíso inaugurador de otro **Manvantara**- explica su carácter de tradición sintética, de "síntesis que lo agrupa todo". Sobre el plano doctrinal, la exoterización relativa a las condiciones cíclicas no le impide mantener, mediante el esoterismo, el contacto con la Tradición primordial y universal. Sobre el plano operativo y experimental de la iniciación, deja la puerta abierta a la vía gnóstica (ascetismo monacal puramente contemplativo) como a la vía heroica (caballería guerrera integradora, con fines espirituales, de elementos femenino sublimado y la concepción platónica del amor) y a la síntesis de las dos vías (templarismo, órdenes ascético- guerreras y otras formas de caballería espiritual, propiamente dicha). Esto para la élite de los hombres que han

guardado el sentido de la trascendencia. A la masa de los demás hombres, el cristianismo propone, a modo de barreras contra la tentación materialista, los impulsos de la fe, el soporte de los ritos y la vía ética del matrimonio profiláctico. Sobre el plano político, reafirma la dualidad distintiva tradicional de los dos poderes colocando la potencia temporal en guardia contra toda intentona de usurpación respecto de la autoridad espiritual que solamente ella detenta de forma inmediata, en primer grado, el "mandato del Cielo".

En tanto ha conservado esta pluralidad interna de las vías adaptadas respectivamente a "los estados múltiples del ser" -y que esté en las antípodas de la ilusoria idea "pluralista" moderna-, el cristianismo ha podido servir de cimiento para una civilización y una sociedad occidentales verdaderamente tradicionales. Pero la conciencia esotérica del cristianismo no ha tardado en oscurecerse, y con ella el significado superior que la tradición cristiana había dado al conocimiento y a la acción. Una vez ocultada la dimensión gnóstica, la fe y el ritual entran en oposición dialéctica con la pseudo-inteligencia moderna, el "libre pensamiento" que no es más que la máscara de la prevención atea. Una vez desaparecida la concepción tradicional del guerrero como restaurador del orden metafísico necesario, "reparador de brechas", y "soldado de Dios", no subsiste más que un heroismo con base en la "voluntad de poder" materialista, fácilmente recuperado por los privilegiados del orden social contingente. Una vez perdido el recuerdo del amor supra-conyugal (sublimación caballeresca o "gran misterios" diariamente vivido a la luz de una "metafísica del sexo"). No sobrevive más que la conyugalidad burguesa, con fines de cohesión social y de profilaxis antihedonista, que entra en oposición dialéctica, con el amor romántico para-conyugal primeramente, con el erotismo infra-conyugal a continuación. Una vez oscurecida la dualidad primordial de los dos poderes se impone el dualismo separativo, el conflicto sin cesar entre el poder secular y la autoridad religiosa.

Las oposiciones dialécticas que hemos descrito son las que caracterizan la fase antitradicional de la "decadencia de Occidente", en la fase anticristiana. Sigue una segunda fase involutiva, contra-cristiana, reflejo de la noción más general de contra-tradición. Los vestigios exotérico-religiosos de la tradición cristiana (fe, ritual, jerarquía eclesiástica) que, en la fase precedente, participaban activamente en el debate dialéctico, tienden en ese instante a ser excluidos. Tal debate tiende a circunscribirse a una lucha que opone al materialismo antitradicional con la pseudo-espiritualidad de la contra-tradición. El mejor medio de excluir a la Iglesia Católica del debate dialéctico es evidentemente el operar, mediante la penetración de elementos subversivos, desde el interior su "evolución" hacia la contra-tradición. Tal es el objeto de la tendencia modernista que larva actualmente en la Iglesia y la lleva a pactar con el marxismo, bajo la cobertura de un ecumenismo falaz. Así también la reacción integrista debe ser mirada con simpatía. Interesaría sin embargo que esta reacción no se limitara a salvaguardar solamente la liturgia, a la predicación exotérica del "mantenimiento del orden" y a un exclusivismo que, a través de los absurdos del **aggiornamento**, toma la forma de un ecumenismo, incluso anagónico. El integrismo puede desembarazarse de estos defectos sin que corra el riesgo de no ser más que un "tradicionalismo" en sentido "horizontal" y sociológico del término, y su contencioso con el modernismo un conflicto dialéctico más, un eslabón suplementario en la cadena de las falsas alternativas.

Solo el conflicto entre el pseudo-universalismo de la Subversión, en su fase contra-tradicional y la universalidad verdadera de la tradición puede y debe finalizar en la

victoria de uno u otro de los antagonistas. Las demás pretendidas alternativas no hacen más que prolongar "la crisis del mundo moderno" sin aportarle una sombra de solución. El "diferencialismo" predicado por cierta "derecha que de ello no tiene más que el hombre es una ideología de privilegiados que se sienten contentos en el caos nihilista actual y se esfuerzan por darle una justificación ontológica. Más simpática puede aún parecer el combate de ciertos revolucionarios de izquierda que al menos han comprendido el sin-sentido del mundo moderno y quieren, con buena fe, sustituirlo por su utopía que no tiene otro defecto más que ser una caricatura irrealista de la utopía verdadera. El verdadero revolucionario combate sobre todo bajo la inspiración de un "mito movilizador" que no es otro que la edad de oro, lugar de unidad primordial de la que todas las tradiciones conservan una nostalgia activa y en la cual el cristianismo anuncia, más allá de las pruebas del **Kali-Yuga** y de la agonía del presente ciclo, la reintegración de una humanidad purificada. Tal es también el verdadero hombre de derecha, cuyo ideal político de organicidad, de integración de las diferencias y de superador de los conflictos, es el reflejo de la Unidad primordial garantizadora de la Paz y la Justicia.

Sin duda la derecha revolucionaria no es necesariamente cristiana. Afirmarlo consistiría en caer por nuestra parte en el criterio exclusivista y renegar de nuestro ideal de ecumenicidad anagógica. Pero el cristianismo permanece vivo, bajo su forma exotérica, en gran número de Europeos. El redescubrimiento y la redifusión de su dimensión esotérica puede pues contribuir a lanzar las bases de una revolución europea de orientación tradicional, con más seguridad, creemos, que una hipotética alianza con tradiciones extra-europeas o una aleatoria reconversión a una espiritualidad pagana, greco-romana o nórdico- germánica, de la que no conocemos más que los aspectos degenerados y naturalistas. Exceptuamos evidentemente los casos donde la elección de una tradición no cristiana va pareja con una búsqueda puramente interior de realización del ser. El ejemplo más elocuente de esto es la filiación de René Guenon al Islam. Pero de la misma forma que Guenon fue musulmán teniendo los ojos fijos en la Tradición, se trata para la nueva élite revolucionaria europea de devenir cristiana para ser confrontada con éxito al seudo-universalismo de la Izquierda. Es por ello que todos los hombres que se quieran y digan de "derecha" deben al menos leer los libros de Evola y Guenon que han servido de base para el presente estudio y cuyo modesto comentario quizás tenga algo de lamentable subjetividad. Si tal es el caso que esto nos sea perdonado por los lectores que nos han seguido hasta aquí.

París, el 12 de septiembre de 1978.